

EL COJO ILUSTRADO

Año I

15 DE MAYO DE 1892

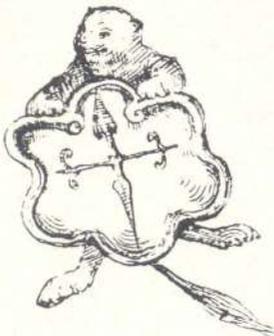
Nº 10

PRECIO	EDITORES PROPIETARIOS	EDICION BIMENSUAL
SUSCRICIÓN MENSUAL. B. 4	J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.	DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
UN NUMERO SUELTO. B. 2	EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA	CARACAS — VENEZUELA
	DIRECTOR: MANUEL REVENGA	

SUMARIO

TEXTO.—Escudo de Armas de Caracas, por Rugil.—Errores, por Hércules.—Hojas Secas, poesía por J. A. Pérez Bonalde.—Las Noticias artículo de costumbres por F. de Sales Pérez.—La Herencia de las madres, poesía por Pedro Arismendi Brito.—El laurel de la victoria, soneto por Vicente Coronado.—Soneto, por J. J. Breca.—Apuntes sobre el Gral. Pedro Arismendi Brito.—El Escudite, artículo de costumbres por David.—A propósito de desinfección.—Apuntes biográficos del Dr. Aristides Rojas, por E. M. y M.—NUESTROS GRABADOS.—El Tocador, por la baronesa Staffe.—Perfiles del bañero de Macuto, Tacoa por E. M. y M.—Los Por qué de la señora Susana, etc., etc.—Su cara mitad, etc., etc.—VARIAS.—Charada y Soluciones.

GRABADOS.—El escudo de armas de Caracas, dibujo á la pluma por Rugil.—Se pronuncian Paracotos, ilustración al artículo Las Noticias de F. de Sales Pérez.—Doctos Aristides Rojas, dibujo de J. M. Herrera Irigoyen.—Santa Teresa, de fotografía de Lessman.—Gajes de la guerra, dibujo por J. M. H. I.—Gral. Pedro Arismendi Brito.—Catache, de fotografía.—El Panador y El Borracho, dibujos á la pluma por Arturo Michelena.—Visiones de San Francisco de Asís, copia del cuadro de F. Chartram.—Tacoa, dibujo á la pluma por Eugenio Méndez y Mendoza.



En el cuadro de la Virgen de Caracas, 1766
(Museo Nacional)



En una fuente pública
entre las esquinas de Muñoz y de Solís



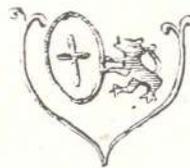
En una medalla de plata de 1789
Proclamación de Carlos IV



En una medalla de plata de 1812
Proclamación de Fernando VII



En un centavo de 1817
(aumentado)



En un centavo de 1818
(aumentado)



En un folleto político

EL ESCUDO DE ARMAS DE CARACAS

Oviedo y Baños nos ha dejado la descripción de estas armas, tomada evidentemente de la cédula original que aún existía en su tiempo. Es así:

« Esta (Caracas) tiene por Armas en campo de plata un León, de color pardo puesto en pie teniendo entre los brazos una venera de oro con cruz roja de Santiago, y por timbre un coronel de cinco puntas de oro; concedióselas el señor Don Felipe Segundo por su Real Cédula, despachada en San Lorenzo á quatro de Septiembre de el año de quinientos y noventa y uno, á pedimento de Simon de Volivar, Procurador

« General de esta ciudad en Corte, y el primero Regidor perpetuo de ella.»
« Este bello escudo de Armas, dice el Dr. Aristides Rojas, en su estudio de Aráldica publicado en el Nº 1º de la *América Ilustrada y Pintoresca*,—figuró en los pendones, estandartes, banderas, escudos, sellos, casas, reposterías, y en los principales sitios y lugares de Caracas así como en las impresiones oficiales y documentos municipales; mas hoy solo existe, que sepamos, como un recuerdo que nos ha dejado el tiempo, sobre la antigua fuente pública de la Calle Oeste Nº 2, entre las esquinas de Muñoz y de Solís.»

Nosotros hemos procurado dibujar, á más

de éste, algunos otros para EL COJO ILUSTRADO: entre ellos, varios que nos fueron proporcionados por nuestro bondadoso amigo el Dr. Rojas. Con gusto hubiéramos hecho más abundante nuestra colección, pero esto es todo lo que pudimos conseguir. Reducido como es el número de los dibujos, él abraza sin embargo cuatro modos diferentes de representación: la plástica, la pintura, la numismática y el grabado.

RUGIL

ERRORES

Hablar de errores, es hablar de lo que todo el mundo ve, de lo que todo el mundo padece, de lo que todo el mundo padece.

Lejos de mí la idea de soltar una blasfemia; pero no puedo resistir á la tentación de manifestar que el error se parece á Dios, en que, como Dios, está en todas partes.

No puede haber duda.

El hombre nació sujeto al error, según dicen las sagradas escrituras, ó según dice no sé quien, que, para el caso, viene á ser la misma cosa.

Ello es que eso se ha dicho; y lo que hay de cierto es que aquél á quien le ocurrió tal idea, dijo una verdad á la cual no hay que darle vueltas, pues visto se está que el error predomina en el entendimiento, y que, por error, vive cada uno lo que le parece, hace cada cual lo que se le antoja y hablan todos como les da la gana.

El error nació después del *fiat*.

Dios, que, á lo que parece, vivía en la oscuridad, tuvo el antojo de crear la luz.

En algo había de entretenerse, y en esa creación no hubo error: la luz le era necesaria, como que andaba á tientas en medio de las tinieblas del caos.

Pero tuvo después otro antojo: el de formar al hombre. Allí fué Troya, esto es, allí fué el error.

¿Para qué hizo semejante cosa, sobre todo, cuando había de salirle tan mala?

El error es, pues, consustancial con la humanidad, á la cual no le es dado sacudir su yugo, como no le es dado á nadie liberarse de las enfermedades hereditarias.

En el género humano, el error es idiosincrático.

Tanto es esto así, que en materia de creencias, hay quien tenga muy arraigada la de que Dios—padre de misericordias—es un ser iracundo, pronto siempre á castigar los errores que, por culpa suya, están en la naturaleza de sus hijos.

En materia de hechos, los errores no admiten duda: se ven, se palpan, son indiscutibles: de tal suerte, que aquí nos tiene usted sin saber todavía, después de tantos años de independencia, á quien pertenece esta patria en que vivimos, si á Bolívar, que fué un error incommensurable, si á Guzmán que es un error cronológico; si al primero que quiera cogérsela, que no puede ser sino un error ridículo ó si á los venezolanos, que son un conjunto de errores de todo género.

¿De quién es la patria? Todos están en un error; y el patriotismo es el más gordo de todos los errores.

En cuanto á dición, inútil es decir que los errores, no ya del vulgo—esto es, de lo que erróneamente se llama vulgo—sino de las gentes de corbata y guantes, son más numerosos que los errores de imprenta, que no es poco decir.

Acerta de este género de errores, voy á decir cuatro palabras; y á este respecto, vídense al pie de la pluma una reflexión que ni es impertinente, ni carece de importancia.

¿Qué razón hay para emplear, hasta en la conversación con las damas, palabras y frases que, por vulgares, afcan el lenguaje y dañan el decoro?

El uso de esas frases es un error de urbanidad.

Niñas hay que, sólo por haberlo oído á personas educadas, dicen sin ruborizarse: «Le mojó sin pasar el río»; «Le dió por la vena del gusto»; «rase» éstas que, fuera de la vulgaridad de que adolecen, envuelven ideas de color muy feo, que dejan mancha

en los rosados labios de las damas, por lo cual deberían proscribirlas los mismos que hacen gala de soltura y libertad de lengua.

Hablémos ahora del error en que caemos, usando á cada paso vocablos franceses que no todos entienden.

Pero; ¡vaya! En eso no hay error, pues aunque es rica nuestra lengua, parece que no tiene ella palabras equivalentes á los vocablos extranjeros ó que, teniéndolas, no son tan elegantes como aquellos. Muy más donoso es, sin duda, decir: la *soirée*, la *matinée*, *comme il faut*, el *bouquet*, el *consommé*, el *joyer*, el *buffet*, *hors-d'œuvre*, el *nécessaire*, etc., etc., etc., y la elegancia resalta cuando estos vocablos se emplean para con personas no entendidas en la lengua de Lamartine y sobre todo, cuando tampoco los entiende el que los usa.

Le convidan á usted á una comida, y por más criollo que usted sea, le presentan un papel impreso que llaman *menu*, el cual tiene por objeto hacerle ignorar los guisos con que van á halagar su apetito.

Hombre! En eso puede haber error, puede haber todo lo que usted quiera, hasta su poquito de ridículo; pero no me negará usted que eso es de buen tono. Ahí hay *du chic* y eso es de la gente *comme il faut*.

Decimos con frecuencia que la *soirée* no pudo tener lugar y, francamente ¿no es esta frase más sencilla y más clara que esta otra: el *sarao* no pudo tener efecto, ó no pudo efectuarse, ó no pudo realizarse, ó no pudo verificarse?

Otros errores hay en que incurrimos con frases adverbiales que empleamos de una manera deplorable.

Vamos allá.

Por *demás* significa en vano, inútilmente; y sin embargo, decimos, sin ningún reparo, para expresar aumento, importancia, etcétera, que *la fiesta estuvo por demás espléndida*.

A *la vez* significa *por turno*, *serie á orden sucesivo*; y ello no obstante, usamos esta frase en el sentido de unidad de tiempo. Así, para expresar la idea de acciones simultáneas, decimos, sin fijarnos en el error, que *tal y cual cosa se hacen ó se hicieron á la vez*.

A *la vez y al mismo tiempo* son frases adverbiales de opuesta significación.

Yo puedo estrangular *al mismo tiempo* á dos enemigos míos, apretando al uno con la mano derecha y al otro con la mano izquierda; pero no puedo beberme *al mismo tiempo* dos vasos de licor: para ello necesitaría dos bocas, como las de los empleados que tienen doble sueldo.

Y muchas personas conozco, capaces de tomarse *á la vez*, no sólo dos, sino cuarenta vasos.

En otro error incurrimos también con la palabra *sendos*, adjetivo éste que pudiera llamarse distributivo, por cuanto asigna *á cada uno* parte igual de un todo dado. Las damas recibieron sendos ramos de lirios.

Y muy común es decir que Fulano recibió *sendos* garrotazos, pretendiendo expresar con esto que fueron muchos ó que fueron fuertes los que cayeron sobre sus costillas.

Error hay también en el uso que en multitud de casos se hace de algunos tiempos de la conjugación, como cuando se sustituye con el pretérito perfecto, el pretérito próximo ó indefinido.

Puede muy bien decirse de una persona que existe, que *ha escrito ó hecho* tal ó cual cosa; pero respecto de una persona que murió, ha de decirse que *escribió* ó que *hizo* tales ó cuales obras.

Extravagante, por decir lo menos, es el

anglicismo que se ha hecho de moda, el cual consiste en adoptar la forma peculiar del genitivo inglés, de que hacen ostentación algunas casas de comercio. ¿Qué significa *Fulano y compañía, sucesores*? ¿Se quiere expresar que el negocio de Fulano y compañía ha pasado á otras personas? Pues hombre! Con decirlo, queda todo claro, y no nos venga Ud. con su *Fulano y compañía sucesores*. Así se construye la frase inglesa; pero en nuestro idioma debe decirse: *N. y N. sucesores de Fulano y compañía*, ó simplemente: *Sucesores de Fulano y compañía* si se quiere hacer ocultación del nombre de los nuevos conductores del negocio.

Dignos de mención son otros errores, no ya de los que se relacionan con la gramática, sino de los que atañen al entendimiento, como aquel en que incurrimos cuando afirmamos que *más sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena*.

¿No choca al buen sentido semejante aserción, según lo advierte no sé quien, de alto renombre?

¿Qué ha de saber el loco, ni en su casa, ni en la ajena? El cuerdo sabe más que el loco, en todas partes del mundo.

Y aquí nos ocurre otra reflexión que tampoco carece de importancia.

¿Por qué no procura cada cual discurrir y hablar lo mejor posible, fijándose para ello en la significación de las voces que ha de emplear, eligiendo las más adecuadas y suprimiendo cuidadosamente los galicismos, los refranes innecesarios y las frases vulgares?

Hay dos errores más de que no he hablado: el error en que incurro al escribir estas líneas que probablemente no gustarán á los mil lectores de EL COJO ILUSTRADO, y el error en que también incurro al creer que gustarán siquiera á uno sólo.

Me daría por satisfecho.

HÉRCULES.

HOJAS SECAS

(INÉDITA)

A mi distinguido amigo el jóven poeta
ANDRÉS ANTONIO ARCIA

Cuán cortos los días
Del reino estival!
Cuán breves las horas
De amor y lealtad!

Huyeron las brisas
Del cielo de abril—
Volaron los sueños
Del pecho feliz!—

Ya vuelven los soplos
Del cielo otoñal—
Ya vuelven los fríos
Del alma sin paz!

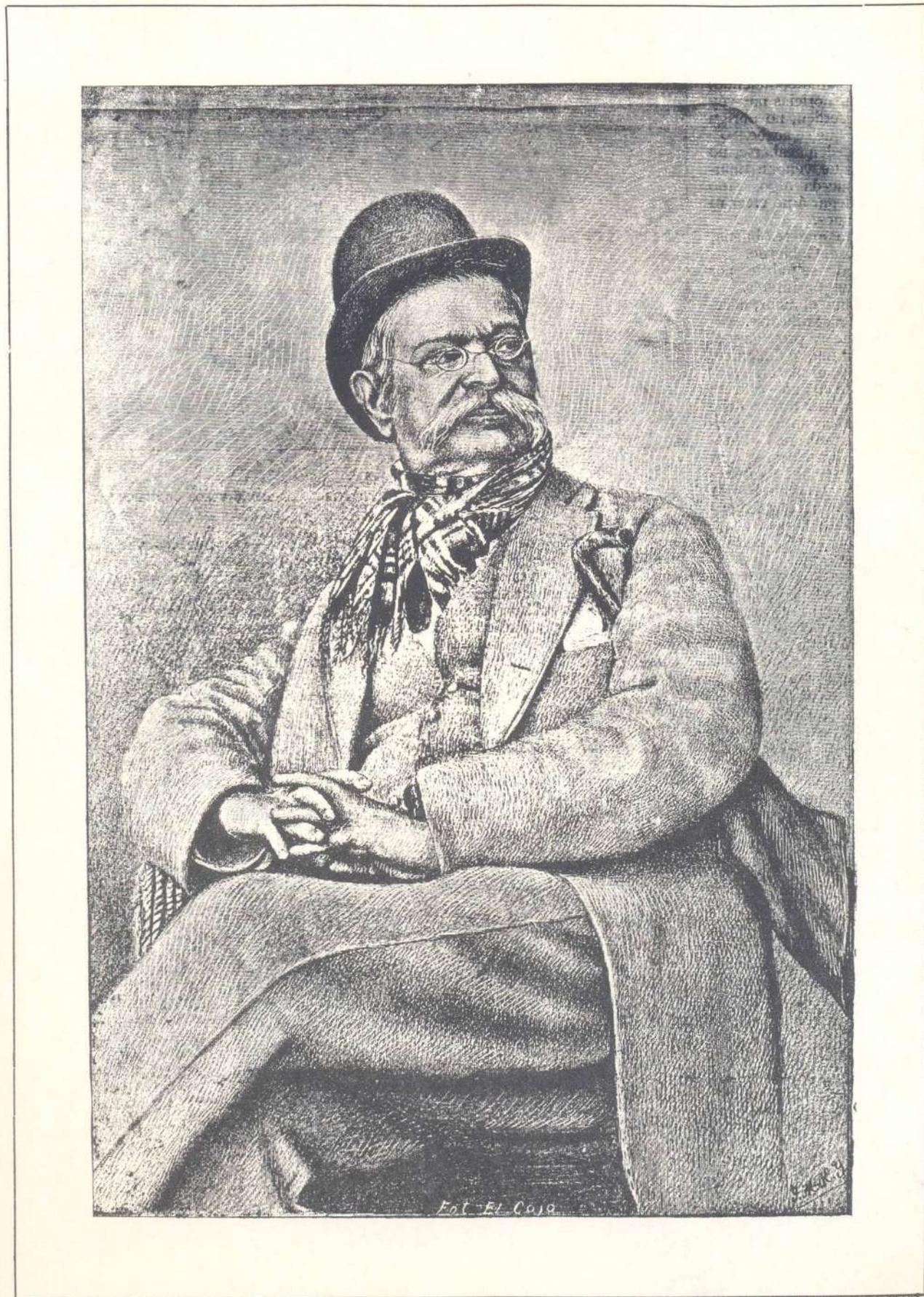
Emigran las aves
Del fresco verjel;—
Ya el alma abandonan
Anhelos y fé—

Al árbol sus hojas
El viento arrancó;
La duda sus dichas
Robó al corazón—

Adiós Primavera!
Verano gentil!—
Adiós esperanzas
Del seno, infeliz!

Ya viene el invierno
Callado y glacial—
Ya viene la muerte,
Ya viene la paz.

J. A. PÉREZ BONALDE



DOCTOR ARISTIDES ROJAS

LAS NOTICIAS

—Si se acaba el desorden me voy —decía un calavera, no sé donde ni cuando, pero aseguro que fué en Venezuela y en este siglo.

Yo, á mi vez lo parodio, diciendo: —si se acaban las noticias me voy —en cuanto al desorden, no abrigo ningún temor de que se acabe.

Las noticias pueden acabarse, no precisamente porque vengan tiempos en que no suceda algo, sino porque vamos á llegar á no creer ni lo mismo que veamos.

La noticia, para que sea buena, ha de ser contraria al Gobierno.

Si es ministerial y se publica por bando, no tiene ningún interés.

La noticia es como el amor, necesita misterio para magnificarse.

El sigilo con que se propaga y el peligro que hay en que se diafanice, es lo que constituye el placer.

Cuando le dicen á uno—esto es muy reservado, ni su mujer debe saberlo—(porque estas noticias nunca se confían á los solteros) entonces se chupa uno los dedos, se cree depositario de la suerte de un pueblo, y vé *la honra, la familia y la propiedad*, como dicen los que mandan, pendientes de su discreción.

Lo primero que hace el que tiene una noticia entre pecho y espaldas, es salir buscando con quien desahogarse: le parece que se revienta si no la comunica á todo el que encuentra, eso sí, bajo reserva.

El noticioso tiene por su naturaleza que ser comunicativo, ¿qué placer hay en que nadie sepa un suceso que puede acabar con el Gobierno en una semana, quizá en un día, como si fuese un ataque apoplético?

Por otra parte ¿ha oído el lector una voz más simpática que aquella que nos dice de cerca—«Se acabó esto: esto no dura ocho días: la opinión es irresistible?»—Oh! esas son palabras mágicas de todas las épocas, que hacen siempre palpar el corazón.

Pero veamos cual es el suceso tan tras-



SE PRONUNCIÓ PARACOTOS (EL PUEBLO Y LOS CORIFEOS)

cental, que va á cambiar la faz de la política, que va á mejorar la administración; pues ya se sabe que siempre el Gobierno venidero es mejor que el presente, y que, á fuerza de cambios, es que hemos llegado á la perfección en que estamos, de miseria y desconcierto.

—¿Qué es lo que ocurre? preguntamos temblando.

—No lo repita Vd.,—Se ha pronunciado Paracotos!!!

—Misericordia!

—Han levantado una acta tremenda!

—Santa Tecla!

—Se han apoderado del armamento que había en la plaza . . . !

—Uiff! con mil demonios!

—Los pueblos vecinos están todos conmovidos!

—Barajo!!! nos llevó la trampa!—exclama uno, y sale por las calles teniéndole lástima á todo el que no tiene la dicha de saber que un *pueblo tan importante* por su posición militar, y su significación política ha desconocido la autoridad suprema.

En la primera esquina le refiere á Vd. un amigo, bajo reserva, que se pronunció San Antonio y que Paracotos está conmovido.

Otro le cuenta que en Paracotos han asinado al Cura: que está preso el maestro de escuela, y que la autoridad militar está en colisión con la civil.

Más allá le afirman que hay una carta de Don Mamerto á su compadre Tomás que hace llorar con la relación del desastre.

En fin, Paracotos sale de la actualidad, y por todo un día ocupa la atención pública, menos la de la autoridad, que no se ocupa de eso, ni de otra cosa, por lo regular.

Los facciosos urbanos tienen cara de pascua, y los que tienen ganados por aquellos contornos están recibiendo pésame, pues ya se sabe que quien dice: *¡Viva Libertad!* dice: *mueran el ganado* pero en cambio las tropas del Gobierno lo cuidan mucho, y cuando otra vez dejan de comérselo —esto es,— la vez que no lo encuentran, eso sí, se paga con la misma *regularidad* que el presupuesto. Los hacendados dicen —se perdió la cosecha—se arruinó Paracotos, pero se salvará el país.

Paracotos es la esperanza del patriotismo.

Se acuesta Vd. lleno de ilusiones.

Al amanecer sale Vd. á salir hasta donde se ha propagado la chispa de Paracotos y lo primero que encuentra es á D. Mamerto con la carta, que viene entrando en su mula:



LOS CORIFEOS Y EL PUEBLO

—Don Mamerto! viene Vd. de raspas?
 —Sí, señor, de Paracotos—(Don Mamerto es medio sordo.)
 —¿Y cómo escapó de la contienda?
 —Sí, señor, á buscar surtido para la tienda.
 —¿Y qué ha ocurrido por allá?
 —Mucha lluvia.
 —Lluvia de fuego, eh? han peleado mucho?
 —No lo permita Dios; todo está tranquilo.
 —Si dicen que por allá ha habido las de San Quintín y que han matado al Cura.
 —Si Paracotos no tiene cura; está como la república.
 —El maestro de escuela y que está preso?
 —No, señor, hace ocho días que está jugando en la feria de San Antonio.
 —Pues dicen que se han llevado el armamento de la plaza.
 —Si no hay armamento, ni plaza.
 —Y que hay colisión entre el Juez y el Comandante militar.
 —Nada de eso; no hay colisión, ni hay Juez, ni se necesita.
 —Pero si Vd. lo ha escrito á su compadre.
 —No, señor, no nos tratamos; le presté un dinero y ya Vd. sabrá lo que es prestarle á compadres!
 —¿Esto y que está muy revuelto?
 —Sí, señor, poco más ó menos como Paracotos. Adiós, amigo.
 Pues, señor, nos hemos lucido; se acabó la esperanza de la patria!
 Paracotos vuelve á hundirse en su oscuridad, y ya el Gobierno no puede caer porque Paracotos lo sostiene. Adiós Patria! adiós empleo!
 Sale Vd. á decir que la noticia es falsa y nadie lo cree.—El informe de Don Mamerto no es verídico,—ese es un tunante,—está vendido al Gobierno:—hay ratificación,—no lo dude Vd.
 Como esta noticia, ruedan mil por las calles, y todas se desenlazan más ó menos como ella.
 ¿Cuántas veces sabe uno de muy buena tinta, que el invencible coronel Torres derrotó y mató al General Agüero en los Teques, y al día siguiente se aparece el muerto trayendo prisionero al invencible?
 Publica el Gobierno por bando la destrucción de los *perturbadores de la tranquilidad* (como si aquí hubiera tranquilidad que perturbar) y nadie se lo cree; todo el mundo dice—al revés tengo las botas.
 En prueba de la impudencia gubernativa vemos, á los pocos días, presos, á los perturbadores del desorden normal de tal ó cual parte.
 Así es el espíritu revolucionario—inclinado á lo favorable hasta la necedad y resistido con lo adverso hasta el ateísmo.
 Las noticias son el fuego que mantiene vivo el entusiasmo, por eso los conspiradores urbanos, que son todos los que no tienen empleo, inventan cien por día,—y cosa extraña!—el inventor de una noticia la recibe al día siguiente, tan desfigurada y tan comprobada, que parece otra y acaba por creerla, de buena fé.
 Yo no sé como podrá vivirse en un país donde no haya noticias; donde el Gobierno no fluctúe una vez por semana; allí se morirían de fastidio ciertos hombres que en nuestra sociedad no tienen más oficio que pedir y dar noticias.
 Individuos conozco yo que el día que no saben algún escándalo nuevo, exclaman:
 —Hoy se ha perdido el día!!!

Mayo 1868.

F. DE SALES PÉREZ



Foto El Cojo

GAJES DE LA GUERRA

EL LAUREL DE LA DISCORDIA

(POR EL SEÑOR VICENTE CORONADO)

Sonó la hora: formidable avanza
 Legión contra legión: el bronce truena,
 Un mar de fuego los espacios llena;
 ¡A vencer ó morir! á la venganza!

De bando y bando intrepidez, pujanza
 Luchan, se embisten con furor de liena;
 Muerden mil bravos la tremante arena;
 Lo que el plomo perdona, el filo alcanza.

No hay ceder, no hay respiro: estrago, muerte,
 Sangre do quier. . . . horrisono fulmina
 El campo todo; incierta la victoria.

Injusto lauro al fin ciñe el más fuerte
 Y aplaude el odio y la ambición domina;
 ¡Y esta barbarie cruel se llama gloria!

SONETO

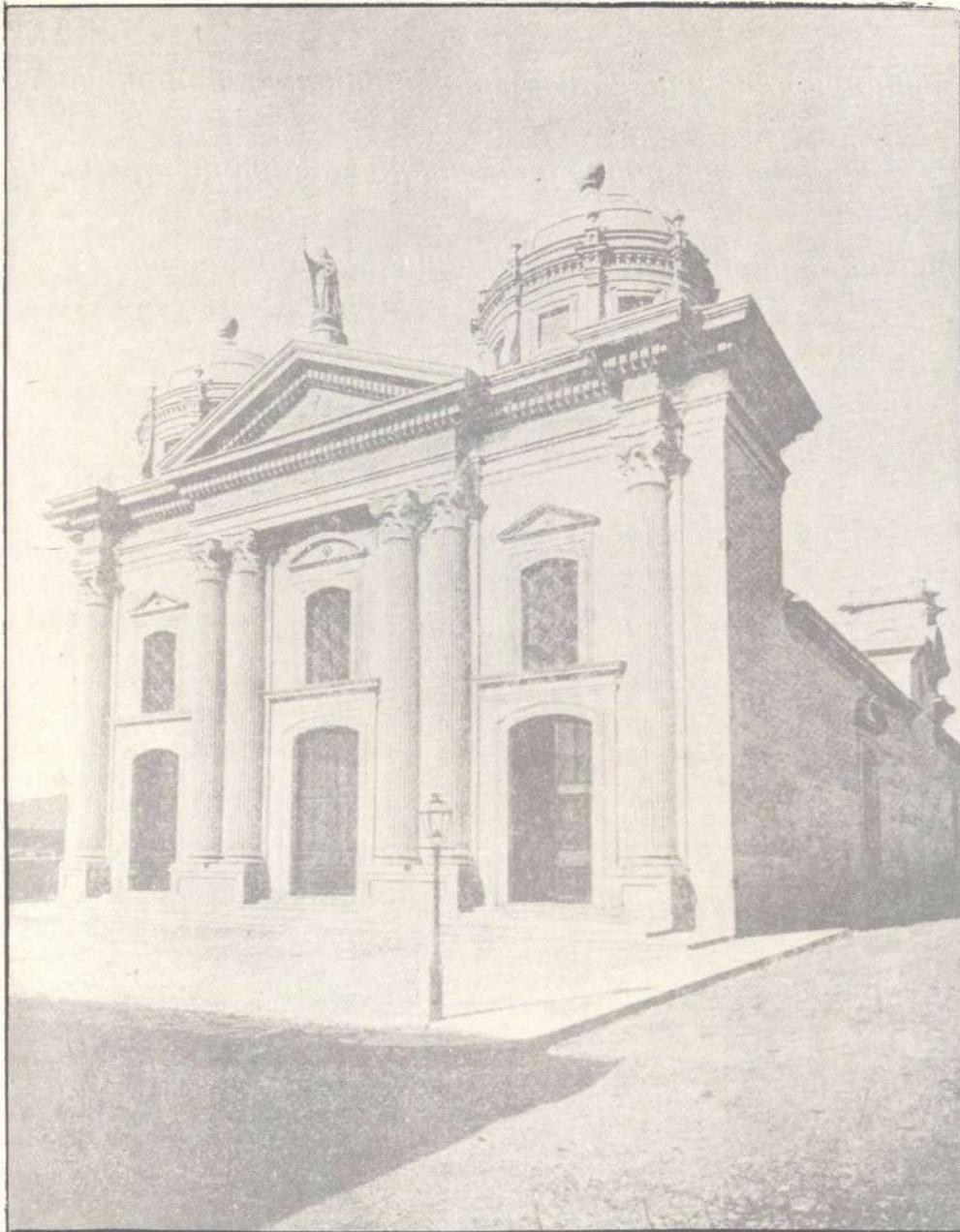
(POR J. J. BRECA)

Ved mis vestidos, en mi sangre, rojos,
 Y contemplad que en ello me solazo,
 Mirad, mirad mi cuerpo! Pierna y brazo
 En la guerra perdí, perdí los ojos.

Figuro entre los mancos y los cojos,
 Y aunque con arte mi fealdad disfrazo,
 De mi ser no soy ya sino un retazo
 Que representa inútiles despojos.

Eso la guerra! Y á la guerra debo
 Mi invalidez honrosa! Cuanto tuve,
 Con amor ofrendé á la Patria mía;

Y si los miembros que perdí, de nuevo
 Me nacieran, y viera yo, sin nube,
 Lo mismo que la dí, le ofrendaría.



SANTA TERESA

TOMADA DE FOTOGRAFÍA DE LESSMAN

LA HERENCIA DE LAS MADRES

Pobre madre! En su quebranto
Inclina la blanca frente
Y ora resignada, en tanto
Que sus mejillas el llanto
Ára silenciosamente.

Qué tiene? Ay! esta mañana,
Al bendecir á sus hijos,
Tendió una mirada vana
Sobre ellos, buscando á Juana,
La luz de sus regocijos.

Por engañar sus pesares,
Olvidaba en su cariño
Que anoche la vió sus lares
Huir, ceñida de azahares
La frente pura de armiño.

Sí, incauta huyó fascinada
De falaz dicha al aspecto,
Sin ver que deja olvidada
Un vacío en su morada
Y otro en el materno afecto.

Por eso, tristes despojos
De una ventura perdida
Sólo hallan doquier los ojos,
Ya por las lágrimas rojas,
De la madre dolorida

Vedla, como en su tristura,
Una ilusión que la arroba
Siguiendo, ruido y ventura
Busca llena de ternura
En la virginal alcoba.

Ved, como abriendo su pecho
A otra esperanza traidora,
Se lanza al inmóvil lecho,
Y no hallándolo deshecho,
Cúñrese la faz y llora.

Ah! Juana siguió á su dueño,
Y en la estancia solitaria,
Sólo el perfume halagüeño,
Dejó de su último sueño
Y su postrera plegaria.

Pobre madre! Al verlo dice
"Ya esperaré inútilmente
Que al labio que la bendice

Ella modesta y felice
Venga á presentar la frente:

Que menos sincero beso,
Hoy mas grato para ella,
La hace olvidar el exceso
De ternura y embeleso
Que me inspira su faz bella

¿Por qué á la memoria mía,
Traes hora, adversa fortuna,
Los ensueños de alegría
Que la mente entretregía
Al arrullarla en la cuna?

¿Y aquel anhelo vehemente
De verla crecer dichosa,
Y mi cuidado impaciente
Por que el sol su faz de rosa
No besase irreverente?

Flor de brillantes preñida
De mi avanzada existencia
En la tela carcomida,
Sol hermoso de mi vida
Prolongada á su influencia.

Ya que todo mi reposo
Va contigo y mi ventura,
En el regazo amoroso
De tu sonreído esposo
No olvides, no, mi ternura!

Y tú que, para gozarlo,
Me has robado mi tesoro,
Tente, al querer disiparlo,
Ve que al sólo imaginarlo
Tiemblo y despechada lloro."

Y ansiando todo consuelo,
Los ojos enrojecidos
Puso un instante en el cielo,
Y estas palabras de duelo
Dirigióle entre gemidos:

"¿Por qué, buen Dios, si tuviste
El designio de arrancarla
A mi vejez negra y triste,
Por qué Señor, me la diste,
Por qué me dejaste amarla?"

Confiada, los movimientos
Del lecho con ojos fijos,
Espera largos momentos,
Y al fin prorrumpe en lamentos
Que atraen á sus otros hijos.

Y en vano, niña garrida
Aún en la aurora riente
De una lisonjera vida,
La abrazaba sonreída,
E interpelaba inocente:

Que ella en la estancia vacía
Sólo hallaba desengaños,
Y el corazón la decía
Que esotra también huiría,
Al cumplir más bellos años.

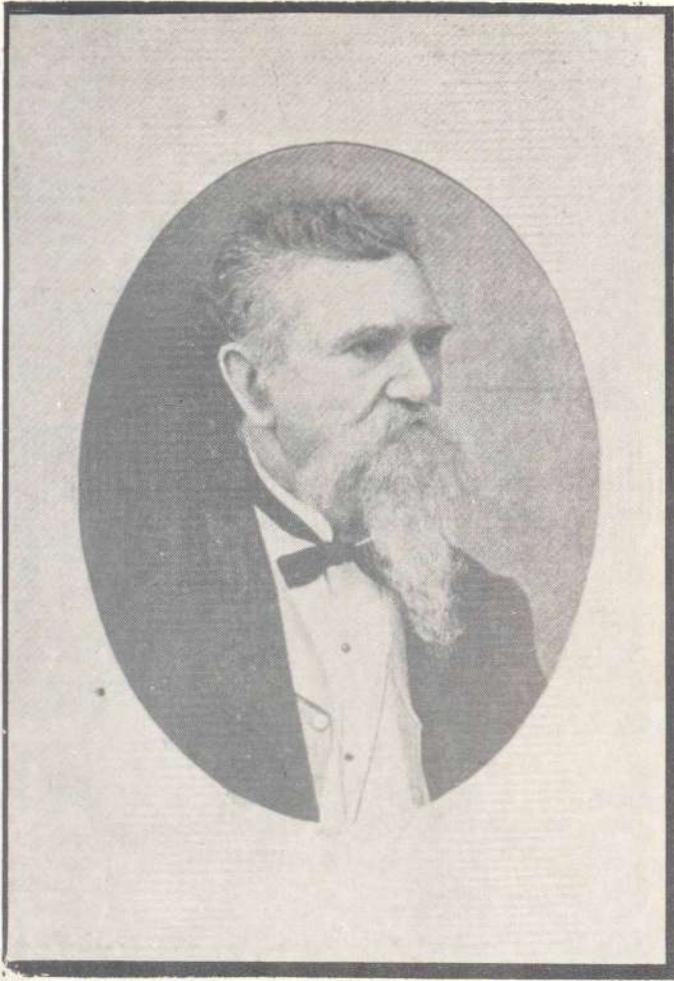
Ah! mísera: no imagina
En su angustioso dolor,
Que el árbol, por ley divina,
Á buscar la luz inclina
A su renuevo y su flor.

Ni ve que toda mujer,
De ley análoga en nombre,
Siente el seno estremecer,
Y la luz de su querer
Busca en el amor del hombre.

Oyeme, madre cristiana,
Y, al oír, más no te atlijas:
Ya te vengará de Juana
El tiempo: cual tú, mañana
Verá huir sus caras hijas.

Que esa pena agobiadora,
Oyelo, aunque mal te cuadre,
Es una herencia, señora:
Aver la cogió tu madre,
Tú la recoges ahora.

PEDRO ARISMENI BRITO



GENERAL PEDRO ARISMENDI BRITO

GENERAL PEDRO ARISMENDI BRITO

« Mezcla extraña de gustos y de inclinaciones: de joven le enloquecían á la vez el aparato militar, las marchas fatigosas y el tumulto atronador de los combates. En esa vida lo engalanaba todo con la fantasía ardiente que le hacía soñarse un héroe como los de la edad de hierro y sentir como un poeta de los de la edad de oro. Dicen los que le vieron combatir que era gallardo y sereno en la pelea, magnánimo como vencedor y resistente y porfiado como vencido.

« Cuando empezó á escribir se aficionaba al clasicismo, y la ingenuidad y la sencillez le enamoraban. Sin sentirlo y sin hacer esfuerzo, ha estudiado constantemente, y así se ve en sus versos que sus conocimientos aumentan y se depuran y de consiguiente se hacen sus cantos más fáciles en la forma y más filosóficos en el fondo. No sé por qué ha dicho alguno que Arismendi es poco poeta. Correctos en la forma, armoniosos en la rima y casi todos llenos de pasión y hasta de ternura: qué más se les puede pedir á sus versos? »

« Al mismo Arismendi le tienen muchos por hinchado y vanidoso; pero si le hubiesen tratado le habrían hallado modesto y hasta humilde. Sueña con la perfección y se hace exigente y momentos hay en que sus resabios de batallador le hacen enardecerse en la discusión y lucha de modo tan brioso que alguno le tomaría por discoloro é irascible; pero es pura cuestión de formas. »

« No sé quien dijo que El Quijote había arruinado la carrera de Arismendi; él mismo reconoce esta verdad. Exagerado á veces, pero siempre caballeroso, como hombre; como escritor, sólidamente instruído, y valeroso como militar. He aquí á Don Pedro Arismendi Brito, que más parecido no sale de su propio taller de fotografía. »

Así se expresa del señor general ARISMENDI BRITO, nuestro talentoso poeta Esteller, quien le conoce íntimamente, y en esas pocas líneas ha pintado con precisión su carácter y talento. Así, poco tendremos que agregar á los bellos párrafos ya copiados.

El señor general ARISMENDI BRITO es estudiante incansable. Véase siempre en las librerías hojeando cuanta obra nueva se recibe de ciencias artes é industrias, y apartando volumen tras volumen para enriquecer más y más su cerebro que es ya una biblioteca andante. Aun sus desgracias las aprovecha para el estudio, y así le vemos cuando preso por cuestiones políticas dominando en el espacio de seis meses el idioma alemán hasta profundizarlo en todas sus ramas. De todo saca provecho y ha llegado á adquirir concepto claro de las grandes cuestiones que hoy agitan el pensamiento humano.

En el esbozo agradable que le dedica el señor Felipe Tejera en sus *Perfiles venezolanos* le niega dotes de verdadero poeta, al mismo tiempo que asevera « que por lo general sus composiciones poéticas, están llenas de imágenes pintorescas, de ardor patriótico ó fuego erótico, y tiene versos armoniosos, surgidos del laborioso proceso del entendimiento. » A este respecto, nada mejor nos parece que copiar las palabras del general ARISMENDI BRITO que expresan su modo de pensar en cuanto á esta materia del estro ó inspiración de los versificadores. Dice así nuestro biografiado: « Eso de la *inspiración* no es más que *palabras*; la inspiración nos viene siempre en pura y clara prosa; la rima la reviste luego de su artificio y la presenta en estrofas. Primero de todo nos aparecen, en el asunto, aquellas *imágenes pintorescas* y sentimos *aquel ardor ó fuego*, materia prima de la composición; el arte en seguida las vacía y hace acomodarse en *aquellas formas amplias y versos armoniosos*, y si esto además se hace *con juicio y estudio*, ha de resultar la clara concisión y preciso agrupamiento de ideas y palabras que constituyen la corrección. »

La vida pública y privada del señor ARISMENDI BRITO es modelo de honradez y caballerosidad. Todas sus acciones y sus pensamientos han revestido siempre el ropaje de la dignidad y es de los raros hombres públicos que pueden ostentar frente sin manchas y conciencia sin sombras. Ha merecido por su conducta el dictado que Eduardo Calcaño le dió de « *hombre de virtudes antiguas*, » y hasta en puesto, como el azaroso y de difícil desempeño de la gubernación, se ha hecho amar por su rectitud y justicia, bajando de la curul gubernativa en medio á los aplausos y estimación de sus gobernados.

EL COJO ILUSTRADO se honra en estampar en sus páginas la noble figura de este campeón de las letras patrias, purdonoroso y valiente militar, y timbre de nuestra Sociedad.

EL ESCONDITE

Yo supongo, lector que tú habrás sido niño alguna vez.

No te quiero poner en el caso de los *po-bres* de espíritu, de los que se dice que son siempre niños.

Ni tampoco en el de los *párvulos graves* de los que se afirma que han sido siempre viejos.

He de suponer como es natural, que hubo un tiempo en que fuiste niño, ya que hoy no lo eres.

Ah! me vas á permitir también que suponga que de niño jugaste alguna vez al *escondite*.

Y ya llegué donde iba, al *escondite*.

Imagínate lector, que yo no sabía que los viejos jugaban también al *escondite*.

Pero juegan.

Y en ellos no es cuestión de edad, como en los otros, sino de época.

El *escondite* de los viejos se ve siempre en los días en que los pueblos pierden el juicio y guerrear como dice Selgas: pero nunca, lector se ha visto más que ahora.

Los *escondites* de ahora dan una risa tan grande, (porque son graciosos) que si uno se descuida con ella se vuelve histérica.

Ayer encontré á Don Cleto y me dice con una seriedad casi estúpida:

Amigo mío, ¡ Usted en la calle! escóndase, hay orden de cogerlé, pero ¡ qué flemma! y tan tranquilo anda Vd. por la calle: yo estoy menos comprometido y sin embargo: ¿ ve Vd. ese hombre que viene ahí? pues es un espía que me sigue como el fantasma al *leguito del convento*, hace cincodías: amigo mío, yo me voy á alcanforar ya: adiós, adiós.

La conversación del viejo este, me hizo reír mucho porque en verdad, ¡ qué de tonos hay en el mundo!

Conozco prójimo que está escondido, y ¡ con qué precauciones! nada más que porque saludaba al general tal, ó visitaba al doctor tal ó tenía relaciones con la abuela del comandante cual, ó servía en su casa una muchacha que era prima de la que acompañaba á la tía de la esposa del ministro tal, y entre tanto ni el comisario de la cuadra se ocupa de que tales seres existen, ni sabe que han existido nunca, ni supondrá que los tales estén haciendo el papel de alcanforados *mártires*, por obra y gracia de estarse creyendo como el grajo de la fábula, muy distintos de lo que en realidad son.

Conozco un *escondido* que envió ayer á un amigo suyo un papel que decía así:

« Querido: tengo cuatro espías en la esquina de abajo, ocho en la de arriba y una docena en frente; y lo más serio es que no tengo que comer; ayúdame pues en nombre de *la causa*. »

El que recibió el papel que es amigo mío, recurrió al gobernador para suplicarle por el escondido; el gobernador le contestó: « No sólo no me he ocupado jamás de ese señor, sino que ni siquiera le conozco. »

Así son la mayor parte: unos por darse tal vez, una importancia que no tienen, otros por candidez, aquéllos por dar oídos á bolas que no tienen solidez, estos en fin por demasiados miedosos se dan, lector mío, al juego de *escondite* con el gobierno, y tienes tu, que muchas veces se hacen *coger* sin razón y sin fundamento por andarse con estulticias ridículas.

Yo me acuerdo haber jugado de niño mucho al *escondite*, pero ahora... ahora no lo juego: sería una temeridad, porque al fin y al cabo, me cogerían sin escapatoria.

Todo lo de la guerra me da mucha tristeza, menos los *escondites*.

La guerra es un desierto que tiene su oasis, el *escondite*.

El *escondite* es como la sonrisa de ese sollozo prolongado que se llama la guerra.

Uno oye el zumbido pavoroso de las balas; oye también el relampagueo tétrico de la pólvora, el grito sollozante del herido, el último gemido del moribundo; y luego se viene á lo jocoso, porque en la vida todo tiene su parte de jocoso.

¡ Escóndase Vd. !
 ¡ Qué lo cojen á V. !
 ¡ Le están espiondo !
 ¡ Hay orden de prisión para Vd. !
 ¡ Cambie Vd. de domicilio !
 ¡ Le han delatado á Vd. !
 ¡ No pase por la Policía !
 ¡ Véngase Vd. á casa !
 ¡ Le están buscando á Vd. con insistencia !
 ¡ No le encuentran á Vd. y el Gobierno echa chispas !

Y al fin de cuentas : nada, ni el Gobierno ni nadie se ocupa de tí hijo mío, porque eres un tonto.

DAVID.

DOMINGO ERASO

Ha muerto el Señor Domingo Eraso, persona distinguida de Caracas, que á esfuerzos propios conquistó señalados rango y nombre en el Comercio. Vástago de honorables ascendientes, deja una familia que es gala de la sociedad caraqueña. A ella presentamos respetuosamente nuestro pésame por tan irreparable pérdida.

APROPOSITO DE DESINFECCION

Traducido de *La Nature* para EL COJO ILUSTRADO

¿ Cómo debe desinfectarse una habitación contaminada por la permanencia ó muerte de un enfermo ?

Muchos confunden *desinfección* con *desodoración*; y se imaginan que para sanear un cuarto basta lavarlo con agua fenicada ó líquidos aromáticos, y quemar después en él pastillas del Serrallo, incienso, estoraque ú otra cosa por el estilo. Son estos, procedimientos infantiles, tanto más perniciosos, cuanto que dejan intactos todos los gérmenes mórbidos, é inspiran una engañosa seguridad.

La desinfección de una pieza impone la destrucción completa, científica, de todos los microbios en ella contenidos, los cuales hay que perseguir tanto en las grietas de las paredes, de los pisos, de los muebles, como en los tapices, alfombras, cortinas, y aun en los colchones.

Tres procedimientos se practican hoy en día :

- 1.º El vapor á alta presión.
- 2.º El lavatorio con la pulverización de líquidos antisépticos (sublimado corrosivo, sulfato de cobre).
- 3.º El ácido sulfuroso (la combustión del azufre.)

Las estufas de vapor á alta presión, son de grande utilidad en los hospitales, para la desinfección de la ropa de cama y de los vestidos; es este sin duda un procedimiento infalible, pero no es aplicable á la desinfección de muebles ó de una habitación, donde

no es fácil elevar la temperatura á 115°. Además, estas estufas no existen organizadas ni en los campos, ni en las aldeas, ni en las pequeñas ciudades.

El lavatorio y la pulverización de líquidos antisépticos, de bicloruro de mercurio, por ejemplo, muy alabados en Alemania, son sumamente peligrosos, exigen aparatos y operadores especiales, y además no penetran en todas partes como sucede con el desinfectante gaseoso.

El empleo del azufre, al contrario, está al alcance de todos. Sin mayores gastos, sin preparaciones costosas, sin pérdida de tiempo; presenta la ventaja de la brevedad, y la conveniencia de desinfectar á la vez y en una sola operación el continente y el contenido : la habitación y cuanto en ella se encuentra.

Las propiedades microbicidas del ácido sulfuroso han sido definitivamente comprobadas por trabajos y experimentos que autorizan los nombres de Pasteur, Dujardin, Beaumetz, Roux, Aubert, de Pietra Santa, Dubief, Brulh, etc. etc. Basta quemar en un espacio, *herméticamente cerrado*, 20 gramos de azufre por metro cúbico, para destruir en él todo germen infeccioso.

¿ Altera el ácido sulfuroso, en estas condiciones, los muebles, las cortinas y los tapices ? Experiencias minuciosas del doctor Aubert, médico mayor de primera clase, no dejan cabida á este temor. (1)

El doctor Aubert relata entre otras, la desinfección de dos piezas, practicada por él personalmente: contenían estos cuartos: camas de hierro, escaparates, espejos, colchones, cortinas azules y amarillas, muebles diversos, á lo que añadió él por vía de experimento: géneros de seda, lana y algodón, terciopelo, pana de diferentes colores; algunos objetos de metal: candeleros de cobre, de cristofle, y de bronce dorados, etc. Pasados cuatro días de estar sometidos estos objetos á la acción de vapores sulfurosos, el doctor Aubert se cercioró "de que los diferentes tegidos que habían permanecido en estos dos cuartos no habían sufrido la menor alteración ni en su color ni en su estructura, y que los objetos metálicos de bronce, cobre, cristofle, acero, etc. si bien habían perdido algo de su brillantez, la recuperaban luego fácilmente con una simple fricción con un trapo de lana."

Para llevar á cabo la desinfección con azufre, es necesario calafatear cuidadosamente todas las rendijas que pudieran darle escape al gas sulfúreo; al efecto se pegarán



CATUCHE

tiras de papel alrededor de las ventanas, postigos, puertas, etc. etc., se humedecerá el suelo, y en seguida se quemarán otras tantas porciones de 20 gramos de azufre como metros cúbicos tiene la pieza. Aunque la cifra de 20 gramos se estima como suficiente, y es la adoptada por la Prefectura de policía de París, es más prudente aumentar la cantidad y llegar á 30 gramos.

El azufre puede quemarse en un crisol de tierra refractaria, en un envase metálico ó sobre una plancha de hierro colado, rodeada de arena: esta operación presenta sus dificultades á quien no tiene costumbre de practicarla. Aparte el peligro de un incendio, sucede amenudo que por una instalación defectuosa la combustión es incompleta y á las 24 horas, cuando se cree concluida la operación, en realidad hay que principiarla de nuevo.

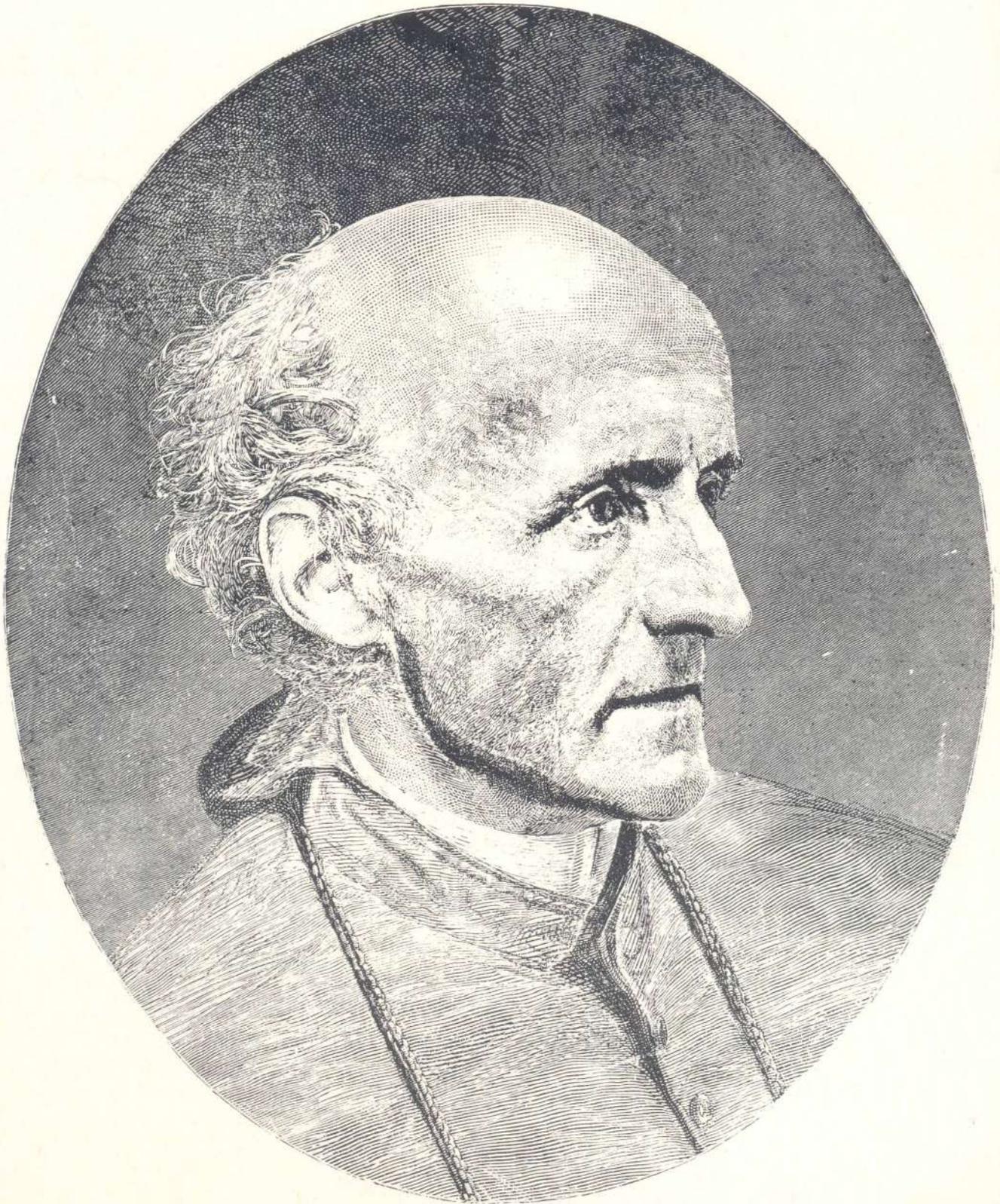
Para evitar estos inconvenientes M. Deschiens ingeniero del Laboratorio de Higiene del Hospital Cochin, ha hecho fabricar gruesas bugías de azufre del peso de 500 gramos, (2) suficientes para la desinfección de un cuarto de regular tamaño.

Estas bugías tienen el aspecto de gruesos cartuchos metálicos; se ponen en un plato con ceniza, y basta encender la mecha que tienen para que ardan las tres horas que dura su combustión sin peligro alguno. Este pequeño aparato, de uso general en los hospitales, es muy práctico.

Después de la sulfuración, el cuarto debe quedar herméticamente cerrado durante veinte y cuatro horas.

[1] Boletín general de terapéutica, 30 de enero de 1890.

[2] Bugías Sulfurosas Adrian & C^o—9 rue de la Perle París.



EL CARDENAL MANNING

RETRATO DEL DR. ARISTIDES ROJAS

EL COJO ILUSTRADO obsequia hoy á sus favorecedores con el retrato del insigne historiador y literato Aristides Rojas.

Un retrato presenta sólo el aspecto físico de la persona. Mirándolo, se llega cuando más hasta la deducción incierta de algunas condiciones individuales del retratado, merced á la atenta observación de determinadas particularidades de la fisonomía ó del vestido. Pero quedan ignorados, para quien no conoce á la persona cuya imagen mira, minuciosos y variadísimos detalles sobre circunstancias y condiciones características que, tratándose de un autor, ofrecen interés muy señalado á aquellos de sus admiradores de quienes sólo es conocido por sus obras.

Llenar ese vacío en la ocasión escogida por este periódico para ofrecer á sus lectores el retrato de Aristides Rojas, es el principal objeto de este artículo.

Plumas doctas y famosas ya han juzgado al Dr. Rojas como autor. Guerra y Orbe (D. Aureliano) en carta á José Antonio Calcaño, refiriéndose á los *Estudios indígenas*, «¡ qué virilidad, dice, la del entendimiento de Aristides Rojas! ¡ qué lozanía tropical la de su pluma! ¡ con cuánto juicio, claridad y nobleza discurre!.....»

«Fino amante de la filología se muestra Rojas; discreto en juntar, para enriquecerla, preciosos datos; acertadísimo al demostrar ser hijo del Viejo el Nuevo Mundo. Anime Ud. al sabio é insigne venezolano á publicar los dibujos de los geoglíficos de San Esteban, del Orinoco y del Esequivo. Y déle con efusión la más cordial y entusiasta enhorabuena.»

Trueba, en *La Ilustración Española y Americana*, hablando de *El Primer Bolívar*, dice: «Cuándo aparece en la América latina un libro escrito en castellano correcto y puro, y no viciado con los galicismos indisculpables, y los modismos locales mucho más dignos de disculpa, que por regla general se advierten en la literatura moderna de aquellos países; cuándo este libro tiene por principal objeto la resolución de cuestiones históricas que interesan lo mismo á los americanos que á los españoles; cuándo su autor, «á la par que de un gran fondo de instrucción, de buen gusto literario y de sano y profundo criterio, ha hecho noble alarde de otro gran fondo de imparcialidad y aún de amor al pueblo que llevó la fe religiosa, el idioma y la civilización á América; cuándo tal libro aparece, ni un periódico de la índole de *La Ilustración Española y Americana* debe callar su aparición, ni entre los escritores españoles debe faltar uno que se encargue de saludarle. No soy yo digno de enviar este saludo á un libro de las condiciones que «dejo indicadas, publicado no ha mucho en Caracas, capital de la República de Venezuela.»

Hortensio que es quien más se ha ocupado en la crítica de sus obras, dice al empezar: «Hállome al frente de uno de los más notables escritores latino-americanos.» «Yo conocía al señor Rojas, por su reputación literaria que hace algún tiempo salva los límites de Venezuela y no halla obstáculo en el Océano.» «Sabía que era éste un escritor de primera fuerza—si me es permitida esta locución vulgar, pero gráfica:—Sabía que «á la acción de su talento avasallador nada resiste: que, flexible en la exposición de las ideas, casi escribe de literatura, bellas artes y costumbres, como trata la historia americana antigua y moderna, la filología y las ciencias físico-naturales.» Y más adelante exclama: «Admira la laboriosidad del señor Rojas. Nadie como él ha sabido desentrañar la historia primitiva y moderna de su patria, buscando y publicando valiosos documentos, esclareciendo dudas y destruyendo errores, por medio de una crítica imparcial, sagaz é ilustrada.»

Entre muchas y justísimas apreciaciones sobre el autor de *Un libro en prosa*, hallo en su prólogo, notable trabajo de José Antonio Calcaño, la siguiente: «Bajo su pluma nos parece oír hablar, pero con entonación americana, al grande Humboldt, al pintoresco Fonvielle, á Flammarión, el poeta astrónomo, y especialmente á Michelet, no menos arrollador y fecundo que ninguno.»

«Rojas tiene el talento—dice Julio Calcaño—de encadenar con precisión los acontecimientos, buscando sus causas y calculando sus efectos para que el lector halle en ellos los designios supremos de un poder más alto que el del hombre, «dotes eminentes de un historiador, que sabe que «la historia es enseñanza y el historiador maestro. Su estilo es fácil, vivo, colorido y su lenguaje se atavía con hermosos pensamientos. Con tales dotes, Rojas tiene que brillar un día como uno de nuestros primeros historiadores.»

Omito numerosos y justicieros conceptos emitidos sobre Rojas por Rufino Cuervo, Caro, Mackena, Amunátegui, Ancisar, Fastenrath, Juan Ignacio de Armas, Tejera, Bolet Peraza, A. L. Guzmán y muchos otros escritores de nota, por no dar á este escrito mayor extensión de la requerida por el espacio que ha de ocupar en las columnas de EL COJO ILUSTRADO.

Toda la prensa venezolana encomia casi de diario los trabajos de Aristides Rojas, y la española é hispano-americana cada vez que la ocasión se ofrece.

Es inmensa la reputación de que goza en la América latina, donde cultiva relaciones epistolares con todos los más renombrados escritores.

Algún crítico venezolano le ha tachado de incorrecto. Veámos si hay en esto sinrazón.

No debe la crítica calificar de incorrecto á un escritor, apoyándose sólo en ligeros descuidos hallados en sus obras, no. Si tal calificativo se emplease por los críticos en su más estricta acepción, no habría escritor que se librara de esa tacha. La crítica debe poner nota de incorrecto al fallo de maestría que peca por ignorancia ó de continuo al escribir, no al que, á sabiendas, «atropella la frase si ésta le opone obstáculo» atento sólo á la más pronta y fácil expresión del pensamiento que pugna con violencia por encarnarse en la palabra. Este peca por no despojar á la idea del vestido con que nace, si imperfecto, natural y propio.

Puede y hasta debe exigirse corrección al poeta lírico y al articulista, que producen escritos cortos en el tiempo que un autor de aliento produce volúmenes enteros. Para aquéllos la lima y el cincel, para éstos el hacha y la sierra.

El autor que reúne en volúmenes el resultado de sus trabajos en las ciencias, sean físicas, sean morales, es el minero que arranca el oro á las entrañas de la tierra para llevarlo en bruto á manos de la industria; mientras que el poeta lírico y el articulista son joyeros que del metal hacen el dije, para presentarlo pulido y reluciente en el estuche.

Tenido es dentro y fuera de Venezuela Aristides Rojas como la mayor autoridad presente en materia de historia patria. Nadie ha ido tan lejos en el estudio de nuestros anales; nadie con más ilustrado criterio y justo análisis ha penetrado más en las entrañas de nuestro pasado para arrancarles el diamante de la verdad, limpio de las agregaciones del error. Nadie más acreedor al agradecimiento de sus conciudadanos. Veneremos y honremos al sabio maestro cuyo corazón es el de la patria, cuyo nombre es honra nuestra, cuya obra es inmortal.

*

La casa de Aristides Rojas está siempre abierta para sus amigos. Su gabinete de estudio es muy visitado de los jóvenes, con quienes él se complacía en platicar, estimulándoles al estudio, y excitando en ellos siempre el patriotismo. Su carácter bondadoso y jovial hace por extremo agradables los ratos que se pasan á su lado, de suerte que cuando á uno le toma la maldita comezón de saber, el pícaro gusto por los libros, y la peregrina manía de preferir la conversación del sabio á la cháchara del necio, ver abierta la puerta de don Aristides y no colarse por ella es punto menos que imposible.

Fuí á verle hace pocos días; llamé á la puerta y oí su voz que de lo alto de la escalera contestó: Adelante! Entré y no fuí reconocido en el primer momento porque don Aristides tenía los anteojos sobre la frente; pero, llevados éstos á su sitio, me hizo un saludo militar y me invitó á subir.

—¿Qué me traes? Preguntó.

—Cuando el discípulo viene donde el maestro, lo que trae es deseos de aprender.

Con estas palabras entramos en su gabinete de estudio. Llevaba yo verdaderas ganas de observarle bien, y estuve largo rato sin decir palabra, viéndole sentado en un sillón antiguo, al lado de un armario lleno de preciosidades indígenas.

El hablaba, y yo le escuchaba al parecer; pero en realidad traía á la memoria el día y las circunstancias en que le conocí. Chico de cinco años, jugaba una vez en el corredor de la casa, cuando entró un hombre que me pareció un gigante, dando voces y blandiendo un inmenso paraguas. Poseído de verdadero pánico eché á correr hasta el último rincón de la casa, de donde me trajeron á la presencia del gigante, que era Aristides Rojas.

Esta misma escena se repitió hace pocos días con mi primogénito de dos años. A éste, cuando se hubo retirado don Aristides le dije:

—Mira, coscorrón, ese que acaba de salir es un sabio.

—Un sabio, repitió el nene en su media lengua, acompañando sus palabras de un puchero que por poco se resuelve en llanto. Media hora después oí que le metían miedo con el sabio para que se dejara peinar.

Se acerca ya á los setenta años, y aunque poco flagelado por ellos, merced á la inquebrantable austeridad de sus hábitos, muestra no completa firmeza en el andar y curvatura en el dorso. Su estatura es elevada, tanto que puede tomar, sin esfuerzo alguno, un libro de la fila superior de su lujosa biblioteca, que mide casi tres metros de altura.

Conserva tres cosas en completo vigor juvenil: el entendimiento, la voz y la mirada.

En toda su fisonomía está impreso el sello de la investigación: la nariz es aguda, la boca pronunciada y abultada por espeso bigote, los ojos salientes y los surcos del entrecejo marcados y permanentes. Todo en aquélla cara revela el afán incesante de indagar que aguijonea al espíritu.

Nadie, oyéndole hablar, creería en el amor que tiene al reposo de sus hábitos. Tan pronto está de pie como sentado. Ya se levanta para pasearse del uno al otro extremo del recinto; ya se planta enfrente de uno, ya de este lado, ya del otro. Clava la mirada en el interlocutor y guarda silencio. De pronto prorrumpe con voz tonante en precipitados períodos, salpicados de interjecciones, y vuelve á guardar silencio, y á clavar la mirada, ya no en el interlocutor, sino en el vacío, como si se encarase con un sér imaginario. Y á todo esto gesticula como si hiciese gimnasia con los brazos.

Siempre está de broma. Dice, con apariencias de formalidad, cosas que harían caer de espaldas á aquel que no conociéndole las oyera; pero ¿es este modo de ser congruente con el fondo de su carácter? Creo que no. Entrad de pronto en su estancia: si está solo y no tiene en la mano el libro ó la pluma, le hallaréis cabizbajo, veréis sus ojos medio cerrados, y antes de dirigiros la palabra suspirar á se pasará la mano por la frente. Si tal sucede, podéis lisonjearos de haber visto al hombre tal cual es. Aprovechad ese momento si queréis tener certeza de algo que le concierne y preguntádselo. Cinco minutos después ya no es posible: ya se ha efectuado la reacción y el hombre no es el mismo. Se vé claramente que necesita sacar de sí propio la alegría de que su vida está desnuda. Le espanta la tristeza y busca en la broma un refugio contra ella. Le espanta la soledad y se hace acompañar en su vivienda de centenares de corazones y de pueblos; aquéllos palpitando en las obras de arte que allí se ven en profusión, estos presentes en inmenso número de objetos, íntimo recuerdo de generaciones que pasaron.

En efecto, su gabinete de estudio es un verdadero, valioso y elegante museo de pinturas, de cerámica, de objetos indígenas, de curiosidades modernas, de muebles antiguos, de tapicerías; y no faltan allí preciosas colecciones de autógrafos, medallas y monedas.

Desde que se pisa aquella sala siente uno el beso de las artes y el soplo de los siglos.

Nótase, además, un gusto refinado en el arreglo y colocación de los objetos: se adivina en todo la cultivada estética del morador de aquella estancia, en cuya atmósfera no hay aromas de tocador ni de tabaco. Ni en aquella profusa va-

riedad de objetos se encuentran armas que acusan la afición á ellas en el pacífico historiador.

Sobre la puerta de entrada se leen estas significativas palabras de Keats: *A thing of beauty is a joy for ever*. Poseído de la idea que ellas expresan es que Aristides Rojas ha acumulado allí aquella inmensidad de objetos, todos de incuestionable valor, comprados á precio de oro los unos, recibidos los otros como presente de sus admiradores, y todos poseídos por quien sabe estimarlos, y convertir el goce de aquella posesión en fuente de amena utilidad para sus compatriotas, por la inspiración que allí bebió para, no pocas de sus obras.

En un ángulo, cerca de una ventana por donde recibe conveniente luz, está la mesa de trabajo, en caprichoso desorden. Libros, legajos, cuartillas, folletos, periódicos, estampas, cartas, todo está mezclado, aglomerado, llenando casi por completo la mesa donde sólo se vé despejado el espacio que ocupa la cuartilla que se está escribiendo, sobre la cual se diría que ha dado paseos equidistantes y paralelos una hormiga salida poco antes del tintero, según es de diminuto el carácter de la letra.

Trabaja casi todo el día; pausadamente cuando reina la calma y la monotonía pone tedio en los espíritus; mucho, con ahinco, verdaderamente enardecido cuando la cólera de los cielos desata la tempestad, ó cuando la cólera de las pasiones desata las infernales furias de la guerra. Solo, encerrado en su gabinete, reconcentrado en sí mismo, doblado sobre la mesa de trabajo, cuando la guerra civil libra combates en las calles, escribe sin tregua, y con creciente ardor cuando crece la algazara, ó es más nutrida la descarga. Entonces corre su pluma sobre el papel como movida por eléctrica corriente. Y es porque piensa que cuanto más devasta el rayo, más vidas corta la guadaña, y más arrasa la encendida tea, tanto más activa y ruda ha de ser la labor del pensamiento, para que no perezca todo, para que se salve lo único que puede asegurarnos el aprecio de otros pueblos: la obra intelectual.

El correo le lleva diariamente periódicos de todas partes, folletos, libros, diplomas y crecido número de cartas. Recorre de prisa los periódicos, hojea los folletos, se fija en la dedicatoria que de los libros le hacen los autores y guarda los volúmenes para leerlos con detenimiento y á sus horas; los diplomas van á la cesta de papeles inútiles, y lee las cartas, de las que contesta una de cada ciento.

Mira con absoluto desdén las condecoraciones, por manera que una medalla, si no es antigua, no tiene para él otro valor que el del metal de que está hecha.

No ha querido aceptar puesto alguno en nuestras academias. Dice que quiere entrar en ellas por opción y en buena lid.

*

Es el Dr. Rojas apasionado amante de todas las ciencias. Cursó las médicas y fué graduado en ellas, y si á ellas hubiera aplicado su gran potencia de investigación, habría obtenido resultados suficientes para hacerse célebre en todo el mundo civilizado. Mas, estrecho el campo de su patria para la investigación, ni la medicina, ni las ciencias físicas y naturales, en las que ha trabajado mucho y con notorio aprovechamiento, podían presentarle aquí rica vena, como para que en su explotación emplease las grandes fuerzas de su espíritu. Era necesario viajar, instalarse en alguno de los centros científicos donde la copia de elementos y los lauros de la gloria estimulan al trabajo. Pero es refractario á toda agitación: plácenle sus hábitos inmutables, y las corrientes de su alma, buscando sossegado curso, hallaron al fin natural y no accidentado cauce en la analítica investigación de nuestra historia.

Este trabajo tiene para mí notable semejanza con la brega del inventor. Hay en ambas labores fatigante alternabilidad de esperanzas y desengaños resistibles sólo por la ejemplar perseverancia de espíritus superiores.

Un archivo es cosa que acobarda al más paciente. Después de revolver papeles viejos por espacio de una hora, casi no hay quien no se retire mareado, estornudando, con las mangas arrolladas hasta los codos y pidiendo la aljofaina.

Cuántas horas, meses y hasta años de vida pasados en los archivos representa el esclarecimiento de un punto histórico cualquiera. Cuántas veces el investigador se retira después de un día de penosísimo trabajo, con la cabeza llena de fechas, de firmas revegadas, de sucesos que nada importan á su propósito, y con el desaliento de no haber dado un solo paso hacia la realización de sus designios. Aquí un rayo de luz brota de los pálidos renglones de mugriento pergamino, para apagarse á luego en el oscuro laberinto de una rúbrica historiada. Mas allá, una antigualla de papel que se deshace entre los dedos se refiere á un dato consignado en otra, que después de días y semanas de pesquisas no aparece en el archivo. Ahora la nota puesta de carrera en el margen de algún folio arroja un torrente de luz sobre el pun-

to que se estudia, como á luego queda perfectamente desvirtuada por terminante documento; y cuántas veces salta inesperadamente de entre los pliegos de un legajo, el último y más precioso dato de una investigación de antaño abandonada. Así, siguiendo ese hilo de Ariadna, por el laberinto del archivo, llega el investigador á darle el golpe de gracia á un hecho falso, llega Aristides Rojas á exclamar: «Caracas no fué saqueada por filibusteros franceses, como lo afirman historiadores anteriores.»

Mayo de 1892.

E. M. y M.



EL FUMADOR, por Arturo Michelena

NUESTROS GRABADOS

Los dibujos de Rugil

De nuevo damos expresivas gracias á nuestro amigo y colaborador RUGIL; y de orden de la Dirección de este diario, y por ser de merecida justicia, descubrimos hoy el sendónimo con que la modestia del Señor FRANCISCO DAVEGNO, ilustrado y honorable miembro de la colonia italiana de Caracas, ha venido ocultándose en sus interesantes trabajos como dibujante y escritor acerca de la Historia antigua de Venezuela. Nos prometemos que al usar de esta confianza para con el escritor, lejos de sentirse por ello herido y rehacio para futuros trabajos, empuñe la pluma con mayor ahínco y siga obsequiándonos con sus aplaudidas composiciones.

Doctor Aristides Rojas

Llamamos la atención hacia los apuntes que sobre este eminente historiógrafo venezolano hace el señor Méndez y Mendoza en otra sección de EL COJO ILUSTRADO.

Se pronunció Paracotos!!

Al artículo de costumbres que más fama dió á nuestro Sales Pérez, hacia falta el complemento de un grabado que como el que hoy publicamos diera mayor realce á su prosa tan intencionada y llena de gracejo; siendo hoy su publicación de inminente oportunidad, pues con motivo de los disturbios que todos conocen, rue-la caña bola como un mundo.

Gajes de la guerra

No necesita comentarios. La falta de un ojo, una pierna, cuatro dedos y un carrillo es por demás elocuente.

Santa Teresa

Es uno de los templos que revisten mayor belleza exterior y cuya construcción es solidísima. Su interior está muy bien ornamentado y luce frescos en sus cúpulas muy artísticos, obra de nuestros pintores nacionales. Es, junto con el de Altigracia el templo de tono, iglesia parroquial de uno de los barrios más elegantes de Caracas. Lástima que no podamos publicar hoy el otro frente que tiene, también de mérito.

General Pedro Arismendi Brito

En la Sección Biográfica, publicamos algunas líneas referentes á este ilustrado literato.

Catuche

Los gratos recuerdos que conservamos de cuando nos mecíamos en los robustos chaparros que á la margen y en el centro de Catuche se desarrollan; el placer con que saboreamos el agua siempre pura que nos brinda y el saber que hay muchas personas á quienes agrada ver reproducidas, aunque en muy pequeña escala las bellezas vegetativas y abruptas de este río de Caracas, nos mueven hoy á publicar una vista de este simpático lugar.

El Cardenal Manning

Uno de los acontecimientos de mayor importancia en Londres en estos últimos meses ha sido la muerte de este Cardenal, á la edad de ochenta y cuatro años. Figura conspicua de la Iglesia Católica y hombre de gran valer intelectual y moral, es justo que aparezca su retrato en la galería de celebridades contemporáneas de EL COJO ILUSTRADO. Para detalles de su vida, extractamos de *The Graphic* de Londres las siguientes líneas que dan idea cabal de su personalidad y talentos.

...El Cardenal Arzobispo, Henry Edward Manning, nació el 15 de julio de 1808 en Totteridge. En su familia figuran grandes personajes como lo fué su padre, Director del Banco de Inglaterra por algún tiempo y por muchos años miembro de la Cámara de los Comunes. El futuro Cardenal recibió su primera educación en el lugar de su nacimiento y más tarde en Harrow, en que alcanzó grandes lauros, siendo enseguida discípulo del Colegio de Balliol en Oxford. El Rev. T. Mozley le describe en sus «Reminiscencias» como principalmente [freshman] casi niño y de buena presencia. Una de sus más notables aptitudes fué la de la oratoria, según el mismo Sir Mozley Manning hablaba en todos los círculos y sobre todo asunto con inagotable fluencia y exacta propiedad de expresión. Se graduó de bachiller en 1830, y en 1831 comenzó al parecer como empleado en la *Colonial Office* á la cual parecía decididamente inclinado. Pero en el siguiente año, en que despertaron con mayor intensidad sus sentimientos devotos, renunció aquel puesto y volvió á Oxford. En la Pascua de aquel año recibió sagradas órdenes. En 1842 fué nombrado predicador especial de la Universidad y en el mismo año publicó sus «Reglas para la Fé» que le hicieron aparecer como inclinado á la Iglesia de Roma; con efecto, así como Newman se convirtió en 1848 á la religión católica, Manning, dos años después, hizo lo mismo, siendo causa inmediata, de esto su discurso en marzo de 1850 acerca del memorable juicio de Oorham, que fué seguido por el establecimiento en Inglaterra de la parroquia católica

romana. En esta iglesia fué recibido en 1851, y después de haber envidado, recibió las órdenes de presbítero. En seguida pasó á Roma donde permaneció por espacio de cuatro años, donde su antigua amistad con Pío IX, se convirtió en sincera y profunda amistad. A su regreso á Inglaterra, en 1857, fundó la Congregación de Obligaciones de San Carlos Borromeo. Después de ocho años de constante labor, sucedió al Cardenal Wiessman como arzobispo de Westminster; asistió en 1869-70 al concilio del Vaticano, siendo uno de los más esforzados defensores del Dogma de la Infallibilidad papal; y llamado á Roma por Pío IX en 1875 fué levantado á la dignidad cardenalicia.

El fumador

Debido también como el del *borracho* á la pluma de nuestro laureado Michelena, el dibujo que del *fumador* damos hoy, representa á uno de tantos como se deleitan viendo subir en espirales el humo de la rica hoja que ha hecho célebre á Cuba y brinda halagadoras esperanzas á nuestra heroica Cumaná.

El borracho

Este bello estudio del natural de nuestro ARTURO MICHELENA, pinta con exactitud los efectos fisiopsicológicos de la borrachera, vicio antiquísimo, enalte-

cido en la Mitología y literatura griega y romana, y practicado con entereza y decisión prosáica por nuestros hermanos del siglo XIX. Por más que la ciencia lo repudie, y haya Tolstóis y D'amices en el mundo, siempre triunfará victorioso el divino arte de beber aguardiente!

Visión de San Francisco

Bello cuadro el original de Chartram, y no despreciable la copia que reproducimos de uno de los sueños místicos más celebrados en la historia religiosa.

El gran Tacoa

Méndez y Mendoza nos describe hoy la típica personalidad del ya célebre bañero. Todos conocen á Tacoa, y todos verán en los perfiles que publicamos, retrato exacto y oportuno de quien parece heredero por línea recta de las condiciones de caciaje *in pace* del eximio señor Guaica-Macuto, abuelo nuestro de sólida reputación histórica. Tacoa merece, sin duda, un recuerdo del COJO ILUSTRADO como tipo simpático de nuestro Trouville venezolano.



EL BORRACHO por Arturo Michelena



VISION DE SAN FRANCISCO DE ASIS — Copia del cuadro de T. Chartram

EL TOCADOR

HIDROTERAPIA Y APARATOS HIDROTERÁPICOS

Demos primeramente la etimología de la palabra, que nos viene del griego (y no porque yo sepa la lengua de Homero sino porque tengo un sabio amigo al que debo mis nocioncillas de helenismo). *Hidro* quiere decir agua y *terapia*, curación, tratamiento.

Sí, la hidroterapia es un modo de curar las enfermedades—especialmente las enfermedades crónicas,—por el uso exclusivo del agua fría, empleada en forma de duchas, baños, abluciones, etc. Consiste también este tratamiento en envolver al enfermo, desvestido y acostado, en frazadas de lana y en hacerle beber agua fría en abundancia, con lo cual se establece la transpiración, y en este estado se le da un baño frío ó se le envuelve en toallas mojadas. Sin embargo, no debemos emplear el agua fría interior y exteriormente, sin consultar un médico, pues este tratamiento exige experiencia y hábitos que tan sólo poseen los médicos distinguidos. Sépase, de todos modos, que la temperatura del agua no debe ser superior á 8° sobre cero, ni inferior á 6°. La temperatura exacta es de 8°.

No es generalmente fácil el obtener esta temperatura, constante, invariable, de 8°. Se la encuentra siempre en los establecimientos hidroterápicos de Divonne entre la vertiente oriental del Jura y el lago de Ginebra, lugar donde se hallan varias fuentes cuya reunión forma un torrente que se agrega al de la montaña. Esta agua abastece las piscinas y todos los aparatos consagrados á los distintos tratamientos.

Nosotros hemos logrado conocer en este lugar la hidroterapia en todas sus formas, con todos sus buenos efectos.

Después de algunas zambullidas en las piscinas y de fricciones vigorosas, se experimenta una impresión de bienestar y de calor, y una expansión en todo el cuerpo, en el cual parece reanimarse la acción del principio vital.

El agua á 8° se siente helada en el cuerpo cuyo calor es de 37°. Cuando nos zambullimos en las piscinas no sabemos si nos hallamos en medio del agua fría ó del fuego. La impresión es la misma que si nos flagelásemos con un manojito de ortigas. La inmersión no debe pasar de dos minutos y al salir del agua nos haremos secar y friccionar con una rugosa tela de lana. (Podría decirse que se os restrega como á un caballo sudado). El calor viene prontamente y no desaparece si se hace algún ejercicio ó si nos hacemos cubrir con cobertores de lana.

Ni vayáis á temer el acatarraros por estos resfriamientos súbitos, por estas zambullidas en agua helada, en el momento en que abandonáis el calor de la cama, con la piel aún bañada por tenue sudor. Y es porque el cuerpo no tiene tiempo para perder su natural calor, se impresiona vivamente, experimenta una violenta sacudida, la piel se siente golpeada á latigazos por el agua fría ó como hincada por alfileres. El resfriamiento no se efectúa sino en la piel y la sangre afluye pronto á la superficie. Yo os juro que no solamente no os acatarraréis sino que podéis curaros por la hidroterapia, el catarro cuando empieza.

Este régimen del agua helada, que os parece tan fuerte, segura estoy de ello, se torna en verdadero placer, no sólo para la más robusta mitad de la humanidad, sino también para las mujeres, aun las más delicadas,

sobre todo cuando de ella puedan hacer uso en su propia casa. Hay quienes prefieren los baños fríos, las duchas administradas, bien en columna, bien en delgado chorro, á veces en finísima lluvia que cubre todo el cuerpo. Esta última ducha, de círculo, se llama la *ducha de crinolina*. Qué recuerdo evoca este nombre! No véis aparecer las mujeres de 1860 con sus inflados vestidos? La *crinolina* agrada muchísimo al bello sexo. "La ducha de círculo es la más sabrosa, la más elegante invención; verdadera lluvia que os acaricia como un plumero de finísimas plumas." Así se expresa con entusiasmo una enferma de Divonne.

Por lo demás todas las diversas maneras que existen de administrar el agua fría, agradan á las mujeres en general, por el bienestar que experimentan y porque sus nervios debilitados se tonifican y calman. El *maillot* es digno también de ser descrito. Es éste un verdadero embalaje. En un minuto se encuentra la persona empaquetada en un gran paño mojado, teniendo por encima dos cobertores de lana, uno de algodón y otro de edredón, todo lo cual hace otra cubierta. Esto se halla cerrado y ajustado á la forma del cuerpo. Os desafío á mover un solo dedo, estando cubierto, cosido y amarrado de tal manera. El enfermo siente que el calor no tarda en venir y entónces es arrojado á la piscina; el efecto es inmediato, bienhechor, calmante.

Es indudable que la medicina tiene á la mano, gracias á la hidroterapia, un medio poderoso y variado de combatir las enfermedades crónicas, declaradas incurables en siglos menos ilustrados. La coquetería ha sacado también gran partido de este tratamiento por el agua fría en todas sus formas. No puede negarse que á las más bruscas transiciones de temperatura, se siguen reacciones, que, en definitiva, traen el calor al exterior, reaniman las funciones de la piel, tonifican los músculos y calman los nervios; resultados todos de los cuales se aprovecha la belleza femenina.

No he de enumerar aquí la multitud de afecciones curadas en Divonne, ya que con este medicamento no nos ocupamos sino desde un punto de vista muy especial.

Incontestablemente el tratamiento hidroterápico sería más completo, mejor observado, en el establecimiento de que hemos hablado; pero en algunas de sus partes, á lo menos, fácil es seguirlo en la propia casa.

Baños, duchas, afusiones, aplicaciones de toallas mojadas en agua fría, coberturas, fricciones, todo ello es posible en nuestra casa, sin muchos aparatos. He ahí por qué hemos colocado en nuestra sala de baño los utensilios de la hidroterapia.

Las duchas se dan por medio de pequeñas bombas aspiradoras é impelentes, con las cuales se obtiene, en receptáculo *ad hoc*, el agua bajo una presión más ó menos fuerte.

Cuando la líquida columna cae verticalmente, la ducha se llama *descendiente*. Cuando está dirigida horizontalmente, llámase *lateral*. Viniendo de arriba abajo, la ducha es *ascendente*.

En los dos primeros casos el receptáculo se halla muy elevado y el diámetro del tubo es bastante considerable; la corriente es por consiguiente, voluminosa y rápida y ello constituye la ducha propiamente dicha. En el último, el receptáculo está poco elevado y el tubo es de estrecho diámetro.

La ducha difiere de la afusión. En esta el líquido os llega de un punto más cercano á la parte sobre la cual ha sido lanzado.

BARONESA STAFFE.

MNEMOTÉCNICA

Para darle más variedad á la sección recreativa de EL COJO ILUSTRADO hemos pensado añadir unas cuestiones de *mnemotécnica*, que tal vez resultarán de tanto entretenimiento como las charadas y los geroglíficos acostumbrados, con la ventaja de ser indiscutiblemente de mayor utilidad.

La *mnemotécnica* es el arte de ayudar la memoria, ó sea de recordar por medio de cosas relativamente fáciles; otras más difíciles y complicadas. Es como cuando para recordar alguna cosa le hacemos un nudo al pañuelo, (prontos á olvidarnos del pañuelo y del nudo, ó del motivo de haberlo hecho). Como se comprende, la idea debe ser muy antigua: tan antigua como la fragilidad de la memoria humana.

Muchos libros se han publicado en varias épocas sobre este asunto; libros que tal vez no alcanzaron su objeto por haber pretendido abarcar demasiado. El célebre abate Moigno, publicó en nuestros días varios tratados para la enseñanza de las lenguas, fundados en este sistema; con qué resultado no sabemos, pero sí con mucha fé y entusiasmo por parte del autor.

Nosotros nos limitaremos á mucho menos: esto es, á la retención de fechas históricas por medio de frases fáciles de recordar y que compendien de algún modo las mismas fechas. De estas frases se sacan las cifras, dando un valor numérico á algunas letras ó sílabas; así:

D, T	representan	1
N, Ñ	"	2
M	"	3
R	"	4
L, Ll	"	5
Ce, Ci	} "	6
Ge, Gi		
Ca, Co	} "	7
Ga, Go		
F, V	"	8
P, B	"	9
S, Z	"	0

Supongamos ahora que se quiera recordar la fecha de la fundación de Roma, que se fija generalmente en 752 A. C.

Aquí se nos presenta una palabra que basta por sí sola á recordarnos esta fecha. Sabemos que Roma ha sido fundada sobre colinas, y que á veces hasta se llama *la ciudad de las colinas*. Pues bien en esta palabra *colinas* tenemos la fecha de la fundación de Roma, puesto que *co* equivale á 7, *lí* á 5 y *nas* á 2. Y ya se ve cuanto más fácil es recordar la palabra *colinas* con relación á Roma, que la fecha de 752.

Pero no siempre se encuentran palabras tan cómodas como esta: al contrario, es sumamente raro el caso.

Entonces apelamos á las frases, que con un poco de estudio podemos componer de manera que contengan las letras ó sílabas que se necesiten y al mismo tiempo recuerden el hecho á que se refiere la fecha. Advertimos que en este caso no se tiene cuenta ni de los artículos, ni de las preposiciones ni de las conjunciones, y se sacan los números de la primera sílaba de cada palabra, ó de la inmediata, si en la primera no hubieran letras contenidas en nuestra tabla.

Por ejemplo, si queremos recordar la fecha del descubrimiento de América hecho por Colón, 1.492, diremos:

Descubrió regiones y pueblos nuevos. De donde sacamos :

D . . . 1
R . . . 4
P . . . 9
N . . . 2

ó sea 1492.

O la fecha de la batalla de Pavía

1525

Recordando las célebres palabras de Francisco I después de esa batalla :

Todo se ha perdido menos el honor, diremos :

Derrota lastimosa : honor ileso

D . . . 1
L . . . 5
N . . . 2
L . . . 5

1525

Creemos que con esto hay más que suficiente para comprender el sistema.

Nos proponemos, pues, dar en cada número una fecha histórica, esperando que los aficionados nos mandarán la palabra ó frase mnemotécnica que la recuerde y la contenga ; para publicar aquellas que llenen perfectamente el objeto.

Las primeras serán fechas salteadas como para simple ejercicio. En seguida, si esto fuera del agrado de nuestros lectores, podremos compilar una serie de fechas por su orden cronológico, y con relación á la historia universal.

La fecha que proponemos como primera será la llegada de Colón á la costa de Pávia, ó sea

1498

Esperamos se nos remita una frase que contenga esta fecha, según las reglas establecidas, y que al mismo tiempo sea fácil de retener con relación á ese suceso.

Para más facilidad convendremos en que toda fecha después del año mil será representada por cuatro palabras mnemotécnicas de las cuales la primera, sea cual fuere, representará siempre *mil*. Con esto se habrá ganado una palabra libre, lo que no es poco, en trabajos de esta especie.

Proponemos además (teniendo en cuenta la observación que precede) se nos diga que fecha y que acontecimiento hemos querido expresar con esta frase :

Nace colosal figura americana.

RUGIL

TACOA

No sé cual es el nombre de pila de Tocoa, ni necesito saberlo, ni creo que á mis lectores les interese mucho este punto secundario. ¿Qué más dá que se llame Plácido, Pacífico ó Benigno? El no es conocido de los bañistas de Macuto sino por su nombre de familia, y es tan justamente célebre entre ellos, que llamarlo con sus dos ó tres nombres, sería deprimirlo, quitarle algo de su personalidad, más aún, desfigurarle. No creo que á nadie, en ningún tiempo, se le haya ocurrido llamar al mártir de la Carraca Pancho Miranda, ni Pepe Vargas al sabio fundador de nuestros estudios médicos. Por más que aparezca lo contrario, la celebridad se rige por leyes puramente democráticas ; así, á ninguno de los ciudadanos de tan dichosa república le es permitido usar más nombre que el absolutamente indispensable para no confundirse con los demás. Ahora, ¿quién será osado á negar la celebridad del conserje de los baños de Macuto? No hago esta pregunta de guasa : no me doy el privilegio de pensar mejor que los demás, y creo que tiene perfecto derecho de aspirar á la celebridad el hombre que, cumpliendo honradamente sus deberes, es en su humilde condición



TACOA [BAÑERO DE MACUTO] — Dibujo de Eugenio Mendez Mendoza

apreciado de todo el que siquiera una vez habla con él.

Tocoa fue hecho para los baños de Macuto, y éstos fueron hechos para él. Nació y creció en una casa que da frente al sitio hoy ocupado por aquéllos, más de cincuenta años antes de que fuesen construidos. Esto de preceder el conserje á los baños, que parece algo así como preceder el efecto á la causa, no es tan raro como se cree á primera vista : la luz precedió al sol. Lo que yo no comprendo, y á las veces me preocupa, es cómo pudo vivir, qué hacía, qué era Tocoa en su época prehistórica, es decir, antes de la construcción de los baños. Debíó de estar en una especie de limbo, como las almas de los justos antes del advenimiento del Mesías, ó como un lienzo olvidado esperando que alguien le pusiese el marco. Este marco es la puerta de los baños, donde á toda hora le veréis recibiendo é introduciendo á los bañistas.

El frente de los baños, pintado de suerte que semeja construcción de piedra ; las almenas que lo rematan en su parte superior, donde se estacionan alcatraces que allí parecen cigüeñas ; el arco oscuro de la entrada y el puente que la comunica con la playa, producen, la primera vez que uno va allí, la impresión de que se vá á penetrar en antigua ciudadela. La mente se puebla con los recuerdos de mil leyendas, y pasan ante los ojos sombras de calabozos húmedos, relámpagos de linternas sordas, destellos de puñales relucientes ; y martirizan los oídos rechinar de cerrojos, crugir de cadenas, retumbar de pasos sobre bóvedas, alertas de centinelas, cosas todas con las que

uno se sobrecoge y espeluzna. Confieso que la primera vez que fui á los baños, tuve que vencer un impulso de miedo para no revolverme del puente : había visto, para colmo, en la penumbra del arco de entrada, un hombre rechoncho, con algo que me figuré manojó de llaves en la mano, y cuyos ojos, medio ocultos bajo el ala del sombrero, creí que me miraban con sorna. No faltaba, pues, en la ficción de mi mente, ni aun la sombría figura del alcaide, á quien ya le añadía el *sonreír funesto* del que nos pinta Gallegos. Evocaba, para edificarme, el recuerdo de Silvio Pellico, cuando hirió mis oídos una palabra que me hizo estremecer : alguien me preguntaba si quería bañarme. Sí, dije para mis adentros, ahora me llevan por los pasadizos lóbregos hasta aquel boquete que está debajo del puente de «Los Suspiros» ; allí me dan el golpe de gracia y nie arrojan al canal : este es el baño.

No me faltaba más que encomendarme á Dios, cuando ví delante una mano que me alargaba un billetito rosado.

—Ahora, venga el medio.

—¿Qué medio?

—El valor del billete.

Esto me hizo volver á la realidad y fijarme en el hombre que tenía delante. La sombría figura del alcaide se había desvanecido, como en vista disolvente, para ser sustituida por la del hombre más bondadoso y manso que en la vida hallarse puede : Tocoa.

Todo el que á la entrada ó la salida converse un poco con Tocoa debiera pagar dos precios : uno por el baño del cuerpo y otro por el baño del

espíritu, que no otra cosa es recibir el efluvio de bondad que emana de aquel corazón sin hiel, de aquella alma nunca turbada por miserables pasiones; alma cuya dulce serenidad está en perenne contraste con las olas que con furioso empuje se estrellan contra el cimientado de los baños, sobre el que siempre está aquel hombre honrado, cual se estrella impotente la envidia en sus embates contra toda conciencia immaculada.

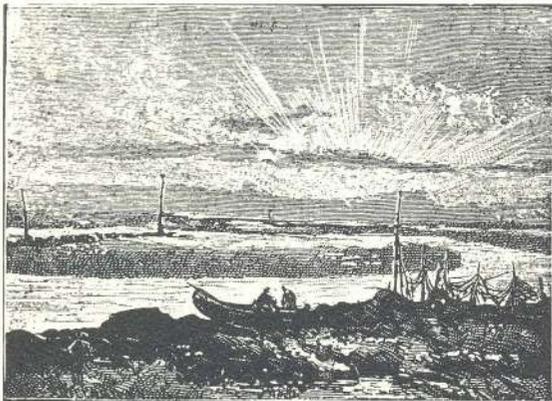
Yo no concibo los baños de Macuto sin Tacoa, ni el concibe salir de allí si no es para el cementerio. Aquella es su casa; allí está siempre á su lado su compañera, la esposa de sus terceras nupcias, con quien guarda excepcionales miramientos y forma simpática pareja.

No ha dejado Tacoa de tener nubes en el por lo común tranquilo desempeño de su cargo. Hace algunos años en un día en que el mar no estaba para bromas, presentóse un caballero algo maduro y un tanto paralítico, manifestando el formal intento de bañarse, no obstante las observaciones de Tacoa, quien le excitaba á desistir de su propósito en vista de lo fuerte del oleaje; y como nada venciese la obstinación del buen señor, quien por otra parte veía entrar á los baños sin oposición, á hombres y mujeres, pero en buen estado de salud, vióse Tacoa en el caso de permitirle la entrada, no sin recomendarle mucho viése bien lo que hacía. Apenas unos minutos transcurridos, cuando se escucha en el baño de señoras inmensa algarabía y voces que llaman á Tacoa, á quien, no embargante el contrario sexo, se hace entrar para que vea, en medio de las espumas, cual Venus masculina á nuestro hombre, á quien las olas habían hecho salvar la división de entrambos baños. Imagínese el lector la sorpresa de las conternadas Evas por la repentina aparición de aquel Adán, y los apuros de Tacoa para arrancar al estropeado caballero de los brazos de Neptuno.

Que vivas muchos años, buen Tacoa, sin que vicisitud alguna te aleje de ese rincón de tus afectos donde tan útil eres! Duermes tranquilo sobre la blanda almohada de tu conciencia limpia, y paga con un buen deseo de tu alma generosa el profundísimo respeto con que me descubro ante tus virtudes ejemplares.

E. M. y M.

Abril de 1892.



LOS POR QUÉ DE LA SEÑORITA SUSANA POR EMILE DESBEAUX

Traducido expresamente para la Sección de los Niños en EL COJO ILUSTRADO

Continuación

CAPITULO VII

LO QUE PENSABA TERESA

Durante el almuerzo oyó Susanita á su madre y á su abuelo, que hablaban justamente de Pablo y de Teresita.

Una frase que se le escapó al abuelo, no fué perdida para Susanita.

Al levantarse de la mesa, el anciano había dicho: —Ante todo, convendría saber lo que Ella piensa.

Ella, evidentemente era Teresa.

Esto no ofrecía para Susanita la más mínima duda.

—Pues bien, se dijo á sí misma, ya sabré lo que Ella piensa!

Aquel día, cuando las dos señoras estaban sentadas en la playa, Susanita pidió permiso para dar un paseo con Teresa.

El permiso se le concedió, con la condición de no alejarse.

La niña se fué dando la mano á la joven. Cuando estuvieron á cierta distancia de sus madres, encontró Susanita un sitio tan bueno, desde el cual se veía tan bien el horizonte, que obligó á su amiga mayor á sentarse allí con ella.

—¿Sabes, le dijo á quema ropa, que Pablo se ha ido esta mañana?

—Sí, respondió Teresa un tanto sorprendida, no adivinando adonde la niña iría á parar.

Susanita guardó silencio unos instantes, y después dijo:

—Pablo estaba muy triste esta mañana.

La señorita de Montlaur, deseando cambiar de conversación, exclamó de repente:

—¡Mira aquel barco!... ¿Lo ves?... ¡Cómo lo sacuden las olas!

Susanita no se tomó siquiera el trabajo de mirar, y fiel á un plan que ella se había trazado, continuó tranquilamente:

—Pablo te quiere mucho, ¿sabes?

—¿Pero á qué viene eso? dijo Teresa con calor. Yo no sé por qué me hablas así de tu hermano. ¡Acabarás por enfadarme!

—¡Ya veo que tú no le quieres! murmuró Susanita con acento de reproche.

Y como clavaba sus ojos en Teresa, la vió ponerse encendida y emocionada.

—¡Vámonos! dijo con voz breve Teresita de Montlaur; nos esperan.

Susanita se levantó y siguió á su amiga.

La niña estaba gozosa, pues la turbación de Teresita era la mejor de las respuestas.

Estaba segura de que sabía bastante.

Sin embargo, antes de llegar al sitio en que estaban las mamás, se acercó á Teresa y la cogió por la mano. Luego, en voz baja, le dijo:

—¿Es decir que tú no quieres ser mi cuñada?

Teresa no respondió; pero Susana sintió que la mano de su amiga oprimía la suya con un movimiento rápido y al mismo tiempo afectuoso.

Y mirando á Susanita murmuró Teresa, á pesar suyo:

—Querida niña!

—¡Ah! exclamó Susanita, es preciso que yo te bese.

De un salto se le colgó del cuello, deslizándose en su oído esta palabra sola: —¡Gracias!

En el instante en que la niña y la joven llegaban junto á sus madres, éstas cambiaron una ojeada rapidísima y en el acto interrumpieron su conversación.

—¡Qué animada estás y qué buen color tienes, hija mía! dijo su madre á Susanita; tus ojos brillan extraordinariamente.

—¡Es que estoy muy contenta, mamá! dijo Susanita mirando á Teresa, que le hacía señas para que nada dijera de lo que había pasado.

Los gestos de Teresa y la alegría de Susanita debían explicarse necesariamente.

—¿Qué tienes, Teresa? preguntó la señora viuda de Montlaur.

—¿Por qué esa alegría, Susanita? preguntó á la par la madre de ésta.

Susanita entonces se acercó á su madre y dijo con sencillez, sin recatarse de Teresa y aun señalándola:

—¡Porque ya sé yo lo que Ella piensa!

A estas palabras, Teresa se puso tan encarnada como una amapola; y su madre, no entendiéndola todavía, interrogó á la mamá de Susanita.

La madre de la niña, confusa y sorprendida un momento, acabó por decir á Susanita:

—¿Cómo? ¿tú nos has oído esta mañana y has adivinado lo que papá quería decir?

Susanita hizo un movimiento de cabeza.

—¡Miren ustedes, que picarilla! dijo sonriendo la señora de Montlaur.

—¡Qué astuta es! añadió la madre de Susanita acariciando á su hijita. ¿Pero es verdad, hija mía, que has descubierto el secreto de Teresa?

Y dirigiéndose á esta última, añadió:

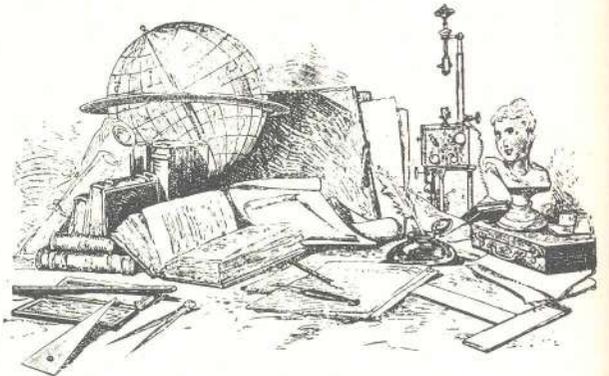
—¿Será verdad, señorita, que mi hijo no le es á usted indiferente?

Por toda contestación, Teresita se echó en los brazos de su madre.

De tal manera, Susanita había consagrado oficialmente el noviazgo de su amiga Teresa y de su hermano Pablo.

Todos estaban contentos, no esperándose más que la vuelta del marino para pedirle su consentimiento el cual parecía seguro, cuando llegó la carta que llenó de inquietudes á Pablo, á su madre, á su abuelo y naturalmente á Susanita.

Pablo estaba demasiado inquieto para no tomar acto continuo el informe que su padre consideraba muy importante; salió pues de la sala para ir á ver en seguida á la madre de Teresa.



CAPITULO VIII

EL GABINETE DE ESTUDIO DE PABLO,
Y LA CASA DE CAL

Susanita, que al salir su hermano se había quedado sola, se puso á reparar sus lecciones.

A las cuatro, su acostumbra hora de descanso y de recreo, se le ocurrió ir á ver si su hermano estaba ya de vuelta.

Encaminóse pues al gabinete de Pablo y dió unos golpecitos en la puerta.

Como nadie respondía, se decidió á levantar el pestillo y entró en el gabinete.

Era éste una pieza relativamente grande, cuyas paredes desaparecían bajo estantes sobrecargados de libros de todo género. Los había grandes, pequeños, abultados, diminutos, encuadernados, dorados, viejos y nuevos.

Una escalera portátil servía para llegar á los que estaban más altos.

Susanita, bien segura de que Pablo no se encontraba allí, se iba á marchar cuando la detuvo una reflexión que hizo.

Arriba, en lo más alto, sobre la última tabla de la estantería, había un libro de estampas que su hermano le daba algunas veces cuando ella daba vueltas á su alrededor.

Así conseguía Pablo que Susanita se estuviera quieta mirando los dibujos, que representaban flores magníficas de todos los países del mundo en paisajes tan bonitos como pintorescos.

Ella levantó los ojos hacia el libro, que se mostraba tentador en medio de otros muchos y que parecía decirle: «¡Cógeme! ¡Cógeme!»

La escalera estaba precisamente al lado, como indicando el camino, muy dispuesta á prestar sus escalones á la atrevida Susanita.

—¡Vaya, pensó la niña después de ligerísima vacilación, me parece que no haré nada de malo cogiendo el libro, pues Pablo me lo daría si estuviera!

Dicho y hecho.

Subió con cuidado los escalones, procurando sujetarse para no caer.

Ya iba á llegar al fin.

Un escalón más, y su manecita podría apoderarse del volumen, cuando se abrió con suavidad la puerta.

El que la abría no era otro que Pablo.

Venía á ponerse á estudiar, con su ropa de trabajo y el cigarrillo en la boca.

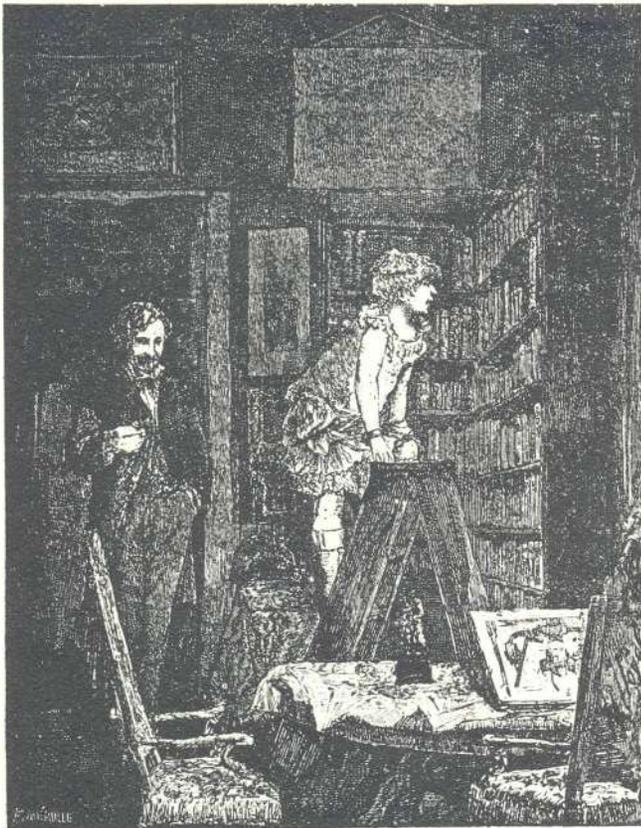
La alfombra ahogaba el ruido de sus pasos y el pestillo no había sonado. Por consiguiente la niña no podía ni sospechar que su hermano mayor estaba allí, apollado en la puerta, con las manos en los bolsillos, observándola tranquilamente y muy contento de haberla sorprendido en flagrante delito de curiosidad.

—Bien, señorita, es muy bonito eso que usted hace, dijo por fin ahuecando la voz y afectando una entonación severa, aunque sin poder evitar una sonrisa.

Y ya estaba al pie de la escalera, pronto á recibir á su querida Susanita, en el caso de que su voz la hubiera dado un susto.

Pero la niña se volvió sin sobrecogerse demasiado:

—¡Hola! ¡eres tú! dijo al mismo tiempo ruborizándose un poco.



—Sí, señorita, soy yo. Y estoy muy enojado ¿no tengo á usted prohibido que toque mis libros?

—Es verdad; pero ese es casi mío.

—Aunque fuera de usted, sabe usted perfectamente que á mí no me gusta verla subir por la escalera.

—Pero si tú no hubieras vuelto tan pronto, no me hubieses visto, replicó la niña con lógica innegable.

—¿Cómo! ¿todavía se atreve usted á razonar? dijo Pablo haciendo esfuerzos para no reírse mientras duraba el coloquio de arriba abajo. ¿Ignora usted, señorita, que por tomar ese volumen habría podido caerse y lastimarse?

—Pues entonces, contestó la niña, ¿por qué lo pones tan alto?

Al último «por qué» de su hermanita no encontró Pablo respuesta; se limitó á suspenderla por debajo de los brazos poniéndola en el suelo.

—Ahora cógelo tú mismo, dijo Susanita sin desconcertarse y tendiendo su mano hacia la biblioteca.

—¿Qué? preguntó Pablo.

—El libro!

—¡Ca! no, no. Lo que es hoy no lo tendrás. ¡Eso te enseñará!

—Eso me enseñará! ¡eso me enseñará! repitió Susanita á media voz. Y después, súbitamente, exclamó: Tú sí que has de enseñarme una cosa.

—¿Qué cosa?

—La historia del líquido encarnado, ya sabes tú. Pablo felizmente se hallaba de buen humor.

Había sabido por la señora de Montlaur, la cual era viuda como ya sabemos, que su marido había tenido, en efecto, un hermano, Pedro de Montlaur; pero este hermano, que había sido alférez de navío como decía el papá de Pablo, había muerto muy joven durante la campaña de Crimea.

Pablo no había visto nada alarmante en estos informes, que él transmitió en seguida á su madre y á su abuelo. Ambos fueron de su parecer, y esto explica la razón de que el hermano mayor de Susanita se hallara en disposición de dejarse tiranizar entonces por la pequeñuela.

—¡El líquido rojo! dijo al fin, quieres saber la historia de la sangre; pero dime ante todo si estás bien segura de haber comprendido lo que yo te he referido antes, y si has retenido algunas palabras raras con las que tuve precisión de esmaltar mi discurso.

—Sí que me acuerdo, respondió la niña, y quedaste en el momento en que el quilo va á pasar á la sangre.

—Bueno, y puesto que tú tienes tan buena memoria, acuérdate de que la sangre es una señora importantísima. Ella es quien nutre todo nuestro cuerpo; ella es la encargada de que todo marche en regla y de que todo funcione; ella distribuye por todo nuestro cuerpo, hasta por las uñas, por el pelo

y por los dientes, los materiales que cada parte del cuerpo necesita para desarrollarse ó para componer sus deterioros.

Por eso la sangre es la que da á tus huesecitos la materia necesaria para que crezcan y se desarrollen, como á tus músculos cuanto les conviene para vigorizarse.

Pero tu sabes que á la larga se gasta todo; la misma sangre acabaría por no tener materia que distribuir en nuestro cuerpo, si el quilo no le proporcionara después de cada comida esos materiales que tan útiles son.

—¡Por eso me decías que se come para crecer! exclamó Susanita; y recapitulando la lección con sus deditos, resumió así: —Es preciso comer para que haya quilo, que da á la sangre lo que nos hace falta para crecer.

—No está mal, dijo Pablo encantado de la inteligencia precoz de su hermanita. Pero la sangre no sirve sólo para eso. Cuando hemos alcanzado nuestro desarrollo natural, sirve la sangre para conservarnos en buen estado de salud, componiendo sin cesar las averías del cuerpo.

—Pero entonces, una vez que la sangre nos corrige sin cesar los desperfectos que tenemos, ¿porqué no se vive siempre? dijo Susanita al cabo de unos momentos de meditación, con un razonamiento inesperado.

—¿Por qué, dices? Haré una comparación que te haga

comprender ese «por qué.»

Supongamos que se construye á tu vista una modesta casa de madera y mezcla.

Empiezan por poner el armazón y después lo cubren con la mezcla ó cal.

Lo primero que recibirá esta mezcla será la base, más tarde las paredes que se elevarán....

—Que crecerán, interrumpió la niña para demostrar á Pablo que ya adivinaba el sentido de la comparación.

—Que crecerán, como tú dices muy bien. Poco á poco, siempre con la ayuda de la argamasa, la casita irá subiendo hasta que un día te sorprenda viéndola acabada.

—Y habrá alcanzado todo su desarrollo.

—Sí, con ayuda de la argamasa ó mezcla, que podemos llamar la sangre de la casa.

Ya está construída.

Durante algún tiempo se conserva sólida, brillante, nueva.

—Joven, dijo Susanita.

—Joven, eso es. De pronto, un día, ves una grieta en una de las paredes.

Es un desperfecto sin importancia. Se trae un poco de mezcla y se tapa la grieta con facilidad.

Algún tiempo después aparece una segunda grieta, más grande que la anterior. La cal ó mezcla, como antes, la hace desaparecer.

El día menos pensado se derrumba una pared; más con la cal se compone.

Entre tanto corre el tiempo.

—¿Envejece la casa?

—Perfectamente, envejece lo mismo que envejecemos nosotros. Se multiplican las grietas, la cal se empieza á caer á pedazos porque ya no tiene fuerza, y aunque se ponga nueva, la vieja armazón no la resiste ya. A la primera sacudida, por un vendabal, un huracán, un temblor de tierra ó cualquiera otro motivo, cae.

—¿Enferma?

—No, cae á tierra.

Pablo esta vez se echó á reír á carcajadas, tanto le divertían las interrupciones, el aire atento convencido de la pequeña Susanita.

Esta compartió la alegría de su hermano. Pero contuvo su hilaridad para decir:

—¡Pobre casita! ¡Ha muerto!

—¡Ay! exclamó Pablo, ya veo que has entendido: la sangre se encarga de componernos hasta el día en que la armazón se gasta.

—¡La casa se hunde! ¿Y no se ha encontrado remedio para eso? interrogó Susanita.

—No, dijo Pablo sonriendo, todavía no. Pero hay un medio, añadió seriamente, de hacer que dure la casa el mayor tiempo posible, y es tener buena cal, es decir buena sangre, lo cual se consigue comiendo alimentos sanos, á horas regulares y obrando con prudencia para hacer siempre buenas digestiones.

—En cuanto á prudente, bien sabes tú que lo soy, dijo Susanita; ¿pero tengo yo culpa de que á veces me falte el apetito á las horas de comer?

—Es claro que la tienes, porque no procuras moderarte; si almuerzas demasiado, no puedes tener gana á la hora de la comida. Y además, como mamá es tan buena y te mimó demasiado, te deja comer á deshora una porción de golosinas. Por otra parte, no haces bastante ejercicio.

—Eso no es culpa mía; ¿no ves el tiempo que hace y cómo están las calles cubiertas de nieve? ¿puedo yo ir á jugar ni salir á paseo con un tiempo semejante?

—Bien, dijo Pablo reconociendo que su hermanita no dejaba de tener razón, tú sólo tienes una mitad de culpa, la otra mitad es de la señora doña Nieves.

Continuará

ROMANTICA IV

ANGULO

Á JOSEFINA

¿ Ves la radiosa estrella suspendida
En el inmenso tú?
 Cuando yo parta, niña, vuelve á ella
 Tu ancha pupila azul.

De tus dulces miradas y las mías
 El rayo temblador
 Formarán al unirse en los espacios
 Un ángulo de amor.

Por sus lados de luz nuestros espíritus
 Al trémulo arrebol,
 Volarán á fundirse de su vértice
 En el brillante sol.

ANDRÉS ANTONIO ARCIA

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

—Un hombre de moderadas aspiraciones, de gustos que no son extravagantes, y con más dinero del que le es dado gastar, no puede ser ni muy bueno ni muy malo—solía decir. La pobreza, añadía, tienta á los hombres á mentir ó á robar, á disfamar ó á ser hipócritas, y si ceden á la tentación son bajos, y si la vencen son nobles; pero yo me encuentro libre de esa influencia, y nunca he tenido que hacer uso de gran fuerza moral para conservar limpia la conciencia; de consiguiente, y en conjunto, me considero bastante bueno.

—Pero, amigo mío, le dije un día, ¿no cree usted que sería Vd. aun más digno de elogios, si en vez de pasarse la vida sin hacer nada, tuviera una existencia de actividad y trabajo? ¿No cree Vd. que sería infinitamente mejor si se dedicara á algún estudio serio en vez de emplear las tres cuartas partes del tiempo en leer novelas y buscar diversiones?

—No, no; contestó riéndose cordialmente. Creo que pudiera ir al Parlamento, pero ya hay en ese cuerpo un número bastante crecido de individuos que abusan de la facultad de no hacer nada en esa clase de ocupación. No abrigo dudas de que podría coronar mis estudios publicando un libro, pero esto sólo serviría á aumentar las dificultades de los que se ven obligados á librarse la subsistencia con su pluma. No poseo grandes talentos para nada en particular: ¿por qué pues ir á perjudicar á los que los poseen haciendo mayor la competencia? La naturaleza me ha formado admirablemente como soy, ¿por qué tratar de cambiar de una manera violenta?

Fácil era reconciliarse con este modo de ver las

cosas, especialmente si se comparaba la indolencia de Harlowe con la actividad de Motley. La diferencia entre los dos socios era sorprendente.

Un día, que no tenía nada que hacer, acepté la invitación de Motley para que visitara el Banco y fábrica y viese cómo se hacía cerveza y dinero. Antes que todo me llevó al escritorio situado en la calle de Throgmorton, lugar retirado y tranquilo. En la puerta de la oficina había una placa de metal con el nombre de la firma: «Motley y Harlowe»; pero si por fuera nada indicaba que fuese un Banco floreciente, por dentro las cosas presentaban un aspecto del todo distinto. Unos dependientes recibían dinero en un lugar, otros pagaban cheques en otro, algunos asentaban sus cuentas en enormes libros: todo era animación, todo el mundo estaba atareado, y sin embargo había muchas personas que estaban esperando se las atendiera, y se oía un incesante ruido de oro que de los mostradores se llevaba á las escalas para ser pesado. ¡Era en verdad un espectáculo maravilloso!

Fuimos á un escritorio en un lugar apartado del edificio, y el acompañante, que obsequiosamente se apresuró á abrirnos la puerta, nos presentó una caja de tabacos como si fuese parte de los negocios que estaban á su cargo. Motley tomó un puro y me presentó la caja para que tomase otro. Entonces llegó el superintendente del establecimiento con grandes libros bajo el brazo, sonriendo con rostro muy afable; y mientras Motley encendía su puro, empezó á hablar de los negocios, prestando oído á lo que el superintendente le decía—todo lo cual era para mí de lo más misterioso y desconocido que pudiera imaginarse.

—Muy bien, señor Crawford, dijo Motley poniendo las manos sobre los libros. Envíeme usted á Burns, yo revisaré estas cantidades.

El superintendente salió, y á los pocos momentos entró un joven pálido, de rostro ansioso, que por orden de Motley se puso á revisar algunas cantidades mientras él hacía lo mismo con otras. Esto duró algún tiempo. Motley firmó con sus iniciales algunos papeles, y poniéndose en pie, dijo:

—Está bien: ahora, déme Vd. algunos billetes de banco.

—¿Cuántos quiere Vd? le preguntó Burns sacando una llave del bolsillo y dirigiéndose á la caja fuerte.

—Diez de á cinco libras esterlinas bastarán, replicó Motley, y extendió un recibo en un pedacito de papel que entregó á Burns en cambio de los billetes. Nos retiramos y Burns nos acompañó hasta la puerta.

—Un joven que promete, ese Burns, dijo Motley cuando sentados en el carruaje nos dirigíamos á Southwark, donde estaba la cervecería. Ese joven me sirve para contener en sus límites á mi superintendente.

—¿Cómo puede someterse á que lo vigilen? pregunté sorprendido, porque siempre había creído que el superintendente ó gerente de un banco era una persona poderosa que ocupaba una posición muy alta. Pero Motley, echando una bocanada de humo y guiñando sus ojitos pardos, me dijo:

—Amigo mío, cuando una persona necesita dinero se somete á todo—y lo repitió dos ó tres veces dando miradas en derredor como si pasase en revista el mundo entero.

Sentí el olor de la cerveza antes de llegar á la fábrica, que era un edificio de ladrillo, largo, feo, con grandes chimeneas. Entramos en el patio al través de una especie de arco: allí no se oía sino el resonar de los toneles movidos en todas direcciones, mientras otros sufrían reparaciones. Todo era bullicio y movimiento, á lo que se agregaba el ruido del vapor y el de la maquinaria que funcionaba en la fábrica.

—Todos los carretones cargados están ya fuera: á media noche el patio se llenará con los que llegan y los que se preparan á salir, me dijo. El trabajo del día empieza antes de que el del anterior haya terminado, y así va año tras año.

—¿Más ó menos? pregunté.

—No, replicó, nunca menos, siempre más. Hasta ahora no ha habido disminución en los negocios ni un solo día desde hace veinte años. El primer día que la note, cerraré la fábrica ó aban-

donaré la empresa, porque entonces comprenderé que no sirvo ya para llevarla adelante.

—Vd. abandonará los negocios antes de que llegue ese día le dije.

—Tal vez, respondió con aire pensativo, tal vez. Se necesita mucho tiempo para llegar á ser millonario, y hasta entonces no desearía abandonar los negocios.

—Se dice, sin embargo, que Vd. es millonario.

—Cualquiera persona que posea un capital regular pasa por millonario. Yo estoy lejos de serlo; pero lo seré, lo seré—repitió con tono decidido.

Me hizo visitar todos los departamentos del edificio; sus astutos ojos se fijaban en todo, nada se escapaba á su observación, nada le era extraño ó desconocido. Aquí introducía la mano en un saco de lúpulo, allí tomaba un puñado de cebada preparada, más allá examinaba un termómetro, y hasta probaba la calidad del pienso en la caballeriza.

—Todo marcha bien, dijo; y este es el resultado de que un hombre conozca á fondo los negocios en que se ocupa, pague buenos salarios y proceda con honradez en todas sus transacciones.

Su morada estaba junto á la cervecería y allí nos sirvieron la comida, que me pareció excelente. Motley habló de negocios casi todo el tiempo y parecía que hallaba placer en ello. No me era desagradable, y los buenos platos de la mesa habrían reconciliado á cualquiera con una conversación menos interesante. Pero le escuché aun con más satisfacción cuando se puso á hablar de Harlowe y de los asuntos que concernían al porvenir de Margarita.

—Hermoso joven es Felipe, dijo, uno de los jóvenes mejores con quienes haya tenido que hacer; un completo caballero—y esto quiere decir mucho si se tiene en cuenta la manera como yo considero el asunto. Su padre era también un caballero, aunque al mismo tiempo un hombre de negocios. Era banquero. Hace treinta años la cervecería de Motley y el Banco de Harlowe eran dos cosas distintas. Ambas empresas empezaban entonces en pequeña escala. Mi padre era un hombre de clara inteligencia, aunque algo anticuado en sus usos y costumbres. El y el padre de Felipe hacían negocios en compañía; ambos se comprendían perfectamente, y cada cual sabía que podía confiar en el otro. Mi padre vio que si las dos empresas llegaban á hacer fusión, ambas ganarían en ello; y así es como se asociaron. Sus esperanzas quedaron justificadas con los resultados. Cuando mi padre falleció, yo le reemplacé en los negocios: Felipe era entonces un muchacho. Me dediqué con ardor y energía al trabajo, y los negocios empezaron á prosperar rápidamente. Pero eso no me bastaba: yo deseaba la dirección completa de las dos empresas, pues, como todos los jóvenes que empiezan á tener buen éxito, no carecía de presunción. El Sr. Harlowe se iba poniendo viejo, y veía que servía de obstáculo más bien que de provecho; de consiguiente, cuando le propuse que se retirara de la dirección, aunque recibiendo siempre la misma parte de las utilidades, consintió sin mucha dificultad. El Sr. Harlowe falleció también, y Felipe acababa de salir del colegio. Yo había empleado todo mi dinero en la nueva cervecería, y no podía comprar la parte que su padre tenía en el negocio porque me hubiera dejado sin recursos, y habría sido tal vez causa de la ruina del negocio. Por lo tanto hice un nuevo contrato de sociedad con Felipe, en los mismos términos que el que había celebrado con su padre, pero con la condición de que se retiraría de la empresa cuando yo pudiese comprar la parte que le correspondía en ella, equitativamente valuada.

—¿Y él no tenía que intervenir para nada en los negocios?

—Absolutamente: lo único que tenía que hacer era recibir la parte de las utilidades que le correspondiesen y examinar los libros, cuando quisiese, para ver si todo marchaba en orden.

—Me parece un arreglo muy liberal de parte de Vd.

—Tal vez lo sea; pero yo no demandé gratitud, ni me pago mucho de ninguna cosa por el estilo. Si mi oferta no hubiera sido liberal, su abogado no se la habría dejado aceptar, y más me convenía ser liberal con él que tomar un nue-

vo socio cuyas ideas no estuviesen de acuerdo con las mías. Ya ve Vd. que procedía con perfecta razón. Los negocios han prosperado maravillosamente, y no habría sucedido lo mismo con dos socios activos.

No me parecía muy justo que Harlowe, que nada hacía, recibiese igual parte de las utilidades que Motley que trabajaba día y noche, y así lo manifesté.

—Eso es lo que el mismo Felipe me ha dicho y repetido centenares de veces, ofreciéndome tomar sólo una tercera parte. Yo creo que él se retiraría de la firma y dejaría que yo le pagase á plazos si así me conviniese, pero yo no quiero. Yo soy condescendiente en algunas cosas, pero en este particular soy inflexible. Un contrato es un contrato, y á él me aferro. Además, yo no soy todo negocio. Yo le profeso afecto á ese joven, así como tengo cariño á la antigua firma del banco y la cervecería—es un buen nombre—«Motley y Harlowe.» No, yo no le disputo á Felipe ni un céntimo de sus ganancias.

—Pero Vd. habla de su determinación de ser millonario, y de la dificultad de hacer un millón; y esa dificultad se aumenta si al mismo tiempo tiene Vd. que hucer un millón para su socio.

—Eso es cierto, Holderness, me contestó; pero aun tienen que pasar diez años antes de que eso se realice.

Sus pequeños ojos parecían que robaban su brillo al vino que tenía en la mano expuesto á la luz. Vació el vaso, y poniéndolo en la mesa, dijo: «Entre tanto pienso gozar de la vida.»

De vez en cuando Motley iba á casa de los Goddard, bajo pretexto de ver los progresos que hacía el retrato. Sus visitas causaron al principio cierta desazón á la familia, especialmente á Margarita; pero había tan poco cambio en su modo de ser, demostraba tan poco sentimiento por lo que había pasado, que insensiblemente aquella desagradable sensación fué desapareciendo. Siempre era el mismo de antes: expansivo, de buen humor, alegre; y generalmente traía un cesto de frutas y flores á las muchachas.

Un día que estábamos solos, dijo: —Vd. ha visto á la Sra. Borrodale y á su hija, ¿qué piensa Vd. de esa señorita?

—No es posible juzgar bien á una persona en tan poco tiempo, contesté; pero me pareció con todo una señorita muy elegante.

Era lo más que podía decir en favor suyo.

—Mucho me alegro que Vd. haya formado tan favorable opinión de ella, dijo: esa es la clase de mujer que debo tomar por esposa.

—¿Por su esposa! exclamé lleno de asombro.

—Sí; he resuelto casarme, y creo que me vendrá mucho más que la Srta. Goddard.

Se continuará

CHARADA

—Niña: ¿por qué tan pronto tu ventura trocóse en aflicción?

Por Dios, no llores tanto: tu tristura me hiere el corazón.

—Sufro mucho, doctor. La dulce calma por siempre huyó de mí: un gusano roedor tengo en el alma.

¿Me duele tanto aquí! . . .

—Por qué sufres?

—Por *prima* con *segunda*, que al fin me matará.

—No tanto miedo tu dolor te infunda: pronto se calmará.

—Dadme *prima*, *tercera* y *prima* al punto, que me siento morir.

Mas no os asustéis: viéndoos junto, es menos mi sufrir.

—Y ¿crees que no hay remedio á tu quebranto?

—En *prima* y *cuarta* está. Si ella no logra mitigar mi llanto, *segunda* lo obtendrá.

—¿Me pides un consejo? Olvida el *todo*: no más se ocupe de él tu corazón: Ese tan sólo, niña, ese es el modo de trocar en ventura tu aflicción.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

Charadas: *Aventura* — *Cortaplumas*

SECCION ENCICLOPEDIA

HISTORIA PATRIA

ORIGENES VENEZOLANOS

POR
ARISTIDES ROJAS

Continuación

á ciento y cincuenta ducados, lo que en aquella época podía considerarse como exorbitante.

Como del producto obtenido era necesario apartar el quinto del Rey, el fraude se hizo cada día más notable, supuesto que no existía en la chusma de explotadores ni orden ni plan gubernativo, sino la ley del más fuerte, que desobedecía á la débil autoridad enviada á la isla por la Audiencia de La Española. A pesar de todos los robos, el quinto del Rey subió en los primeros tiempos á quince mil ducados por año; y es de suponerse que otro tanto era defraudado á los derechos de la Corona.

Puede decirse que para 1509 la población de Cubagua estaba establecida y contaba con los recursos necesarios de un pueblo naciente. En esta época fue cuando el Rey, satisfecho con el producto del quinto, ordenó que se poblara la isla, y recomendó á D. Diego Colón, gobernador de La Española, que en ello pusiera diligencia, pues sabía que los habitantes de aquella, abusando de los indios lucayos, defraudaban seriamente la renta de la Corona, y provocaban la insurrección de los naturales. (1) Así continuaba la prosperidad de Cubagua, cuando para 1513 la insolencia de la población llegó á su colmo. Infatuados con las riquezas que les proporcionaba mano esclava, no obedecían las órdenes de la Real Audiencia de La Española, eludiendo de mil maneras las disposiciones de ésta. Ya se había disminuido en algo el producto de los ostiales, y los aventureros devorados entonces por la sed de nuevas riquezas, se resolvieron saltar á los moradores de las naciones comarcanas en solicitud de indios pacíficos, que cogidos con engaño ó á la fuerza; eran conducidos á La Española, donde se vendían como esclavos. Desde entonces comenzó en el Continente este comercio inicuo, que fue seguido de la introducción de africanos.

Con el fin de remediar este mal, la Audiencia enviaba á Cubagua en diversas épocas, Jueces investigadores encargados de vigilar el orden y de corregir los abusos; pero siempre fue chasqueado el deseo de aquella Corporación, pues los Jueces se vendían y se incorporaban á la pandilla de aventureros, que hacía años sabía evadir tanto las disposiciones del Gobierno de La Española, como las reales cédulas del Monarca. Sólo lograron los Jueces que se pensara en fundar el pueblo con orden y método, dándole dirección al caserío y fijando los lugares que debían servir para la aduana, oficinas, edificios del Gobierno y depósitos de los particulares. Para 1515, la población se ostentaba ya con todos los honores de un pueblo fundado por hombres civilizados, cuando fue atacada la isla por los piratas caribes, que deseando participar del botín castellano se habían citado para determinado día de este año. Afortunadamente la llegada de un navío extranjero en los instantes del ataque, y los esfuerzos de los españoles de la isla, lograron rechazar por completo á los invasores. No era el temor de las expediciones indígenas lo único que podía sobresaltar á los moradores de Cubagua: la necesidad de conducir el agua desde lejos era causa de constantes motines y tropelías en las costas del Golfo de Cariaco, y por lo que en muchos casos tuvieron los castellanos que luchar brazo á brazo con los astutos guayqueríes que con frecuencia salían al encuentro de los conductores de focoyes. El levantamiento más tarde de la primera fortaleza de Cumaná, en 1522, puso fin á estos desmanes entre los habitantes de un mismo pueblo, y Cubagua continuó en su progreso sorprendente. Casas de mampostería se levantaban por todas partes, á proporción que se desarrollaba la riqueza de los habitantes. Según refiere uno de los conquistadores de Venezuela que presencié el incremento de esta Colonia, sobresalían entre los edificios de Cubagua los de Barrio Nuevo, Barrera, Herrera, Castellanos, Beltrán, el Mariscal Diego Caballero y otros magnates, primeras entidades en aquellos días, de la tierra venezolana. Pero tanta prosperidad no debía continuar sin amarguras, que la dicha es transitoria. (1) A consecuencia de la destrucción de los monasterios en las costas del Conti-

Continuará

DERECHO POLITICO

POR

LUIS SANOJO (ABOGADO)

Continuación.

Dividense también los derechos en individuales y políticos. Son los primeros aquellas facultades que producen como un inmediato resultado la satisfacción de nuestras necesidades, el cumplimiento de nuestro destino, los goces que el derecho natural nos permite; y los segundos los que se les dan á los individuos para asegurar y garantizar los primeros. Serán en consecuencia derechos individuales: la libertad personal, la propiedad, la libertad de industria, la religiosa, etc., porque sin ellas no tendríamos las ventajas que son inherentes á nuestra naturaleza; y políticos: el derecho de elegir y ser elegido, el de representar á las autoridades públicas sobre los negocios concernientes á la nación y al individuo, el de no poder ser condenado ni en lo civil, ni en lo criminal, sin un juicio previo, etc.; porque estas instituciones tienden á impedir que se abuse del poder público para destruir ó minorar los primeros, y á hacer que se le emplee en protegerlos y asegurarlos. Los derechos individuales deben ser los mismos en todos los tiempos y en todos los lugares, puesto que emanan de la naturaleza misma del hombre, que es una misma en todas las épocas y latitudes; mas respecto de los políticos caben distintas combinaciones, según lo piden las circunstancias particulares de cada país y de cada época, debiendo ser siempre esas combinaciones eficaces para la consecución de su objeto.

CAPITULO III

De las funciones del Estado

No podemos insistir demasiado en manifestar que el Estado no tiene otro fin que garantizar los derechos naturales del hombre, y que por lo mismo sus representantes, llamense rey, presidente, congreso ó pueblo, cometen una flagrante usurpación, cuando imponen á los individuos deberes que no sean necesarios al respecto de los derechos de los demás.

Examinando al hombre en su naturaleza y en las relaciones que naturalmente debe tener con los demás, encontramos varias esferas de actividad en que debe ejercitar sus fuerzas y facultades, para cumplir los deberes que le ha impuesto su Creador. La religión, la moral, el derecho, las ciencias, las artes y la industria, tienen su esfera propia de acción, y todas deben estar separadas, so pena de que cualquiera de estas fines sociales, que tenga representantes más fuertes, absorba todos los demás, y los haga servir á las miras interesadas, ó por lo menos exclusivistas, de aquellos representantes. Póngaseles á cargo de los representantes del derecho, ó sea los jefes del Estado, y al punto, la religión que debiera ser una emanación pura de la Divinidad, se convertirá en resorte de Gobierno y se atraerá antipatías justificadas: la moral será interpretada por las miras de los que gobiernan, ó cuando menos, muchos de sus preceptos, cuyo cumplimiento no puede hacerse efectivo por los medios puramente humanos y que por lo mismo debe dejarse á la religión y á la conciencia, se hacen objeto de coacción material, dando lugar á la tiranía y á la opresión; las ciencias ahogadas ó detenidas en su vuelo por la suspicacia de los que mandan; las artes convertidas en viles artesanas, dedicadas á glorificar á los mismos sobre cuya frente debieran imprimirse marea de infamia; la industria extraviada de sus carriles naturales para seguir la senda que le demarquen los intereses ó capricho de los gobernadores.

Pongámonos en manos de los representantes de la religión la realización del derecho, el desarrollo de las ciencias, de las artes y de la industria, y al punto todo quedará subordinado á las prácticas del culto, las creencias serán impuestas, todo llevará en la sociedad la marca y sello de la inmutabilidad del dogma; y la religión no tendrá las simpatías, el respeto y la veneración que se le deben y de que debe tomar toda su fuerza, quedando envuelta en el torbellino de la política que nada respeta, que todo lo atropella. ¿Convenirá esta situación á la Iglesia, y al Estado? Son la Iglesia y el Estado quienes han aspirado á la dirección exclusiva de todos los fines de la sociedad y por ello se han visto envueltos en grandes borrascas. Tal no ha sucedido con las ciencias, las artes ni las industrias, en cuyos campos se ha visto siempre ó la radiante marcha de la libertad ó la triste resignación de la servidumbre.

Continuará

ECONOMIA POLITICA

POR

L. COSSA

Continuación.

Por no hablar de las imprudencias de los llamados *neo-malthusianos* y de la brillante teoría de Maelool referente al crédito, perjudicaron bastante los progresos de la ciencia los partidarios de Bastiat (Fontenay, Paillotet, Wirth, Prince-Smith, De Bruyn Kops, Ferry, Madrazo, Carreras y González, etc.), los cuales, iniciándose en el fácil optimismo de las armonías económicas (1850), no vieron en la ciencia sino un medio para la aplicación universal é inmediata del libre comercio triunfante en Inglaterra con la Liga de Manchester, y declarado remedio infalible de toda perturbación social. Enemiga de la libertad económica es á su vez la escuela romántica (Haller, Müller, Gentz), que desea la restauración de la edad media, los gremios y *privilegios*, etc.; la quiere más restringida otra escuela que subordina la economía á la moral teológica, ó para hacerla con Villeneuve, y con Perin la aliada de los legitimistas, ó para promover con Le Play, con Cochin, con Demetz-Noblat y con Braats, una reforma social en sentido conservador. Contrarios de la economía cosmopolita de Smith son también los *neo-protectionistas*, especialmente los alemanes (List) y los americanos (A. Hamilton, Carey y su escuela: Bowen, Peshine-Smith, Elder, Thompson, etc.) defensores de una economía nacional que desenvuelva las fuerzas productivas á fuerza de tarifas y á expensas de los consumidores, y finalmente los filántropos (*peñinistas*) capitaneados por Sismondi, los cuales atacan la libre concurrencia causa principal de obstáculos de las mercancías, de la excesiva concentración del capital y del pauperismo, y condenan, sin razonar, la división del trabajo, las *indignas* y el progreso, concluyen á su vez los comunistas, combatiendo la propiedad y la familia; concluyen también los socialistas, ya defendiendo con Furrer el halagüeño trabajo de las falanges en los falansterios, ya quieren con Saint-Simon el estado industrial y la abolición de la herencia; ya reclaman con Luis Blanc el derecho al trabajo y los talleres nacionales, con Proudhon el crédito gratuito y el banco del pueblo, con Lassalle las sociedades cooperativas subvencionadas por el Estado; ya niegan con la oscura dialéctica de Marx la productividad del capital (1868), y piden la expropiación (colectivista); ya quieren con los anarquistas y con los nihilistas regenerar la humanidad con la completa destrucción de todo orden social.

Bajo el aspecto teórico, mientras algunos niegan á la economía el carácter de ciencia (Bonamy Price), los positivistas (Comte, Ingram, Guyot) la querían resumir en un simple capítulo de una futura sociología, de la cual Spencer ha escrito los *prolegómenos*. Los partidarios de la escuela histórica (Roscher, Kries, Hildebrand, Kautz, Cliffe-Leslie) beneméritos por sus doctísimas investigaciones sobre el desenvolvimiento de las *formas* y de las instituciones, continuadas con más extensa indagación por Schomoller y por Conrad, truncan las verdades absolutas de la ciencia por los principios relativos del arte y desearían reducir la primera á una mera filosofía de la historia económica. Los principios de la escuela histórica son cultivados y en parte modificados por casi todos los actuales profesores universitarios, los cuales son llamados por desprecio por sus adversarios *socialistas de cátedra*, porque invocan del Estado, como tutela la más eficaz de la *chase obceca*, una legislación social y una reforma tributaria, en parte experimentada ya en Inglaterra y en Suiza. Los más radicales (Wagner, Lange, Schelcl, Samter), defensores de muchas limitaciones á la propiedad territorial y á la renta, se acercaron en verdad á los socialistas conservadores (Rodbertus) y á las teorías del americano George. Las doctrinas de la nueva escuela reproducidas en Polonia y en Rusia en los apreciables tratados de Bilinski y de Wreden, expuestas en capítulos sumarios en los *elementos* de Bischof, de Heid y del suizo Lefter, revisadas en las *definiciones* de Neumann, son desenvueltas con extensa doctrina y suma claridad en el *Manual*, todavía incompleto de Wagner, y en el más extenso, publicado hace poco tiempo por una sociedad de especialistas dirigida por Schomoller (1882). Una tentativa vigorosa de reacción es debida á E. Dietzel, el cual prueba que los socialistas de cátedra no supieron reformar los principios fundamentales de la ciencia pura, propuestos por la escuela inglesa, y que la subordinación de la economía á la ética y al derecho compromete su autonomía é impide su progreso.

Continuará

(1) Herrera.—Historia de las indias occidentales.

(2) Nada nos dice el primer historiador de Venezuela, Fray Simón después de la fundación de Cubagua y desarrollo y comercio que tuvo esta isla, durante los primeros treinta años del siglo XVI.